LA GRAN COMEDIA

DE

EL CABALLO DEL REY DON SANCHO.

En cuatro jornadas y en verso

POR

DON JOSÉ ZORRILLA.



MADRID.
Imprenta de Repullés.

1844.

PERSONAS. 3º

1 DON SANCHO EL MAYOR, *rey de Navarra.*
2 LA REINA, *su muger.*
3 EL INFANTE DON GARCIA.
4 DON RAMIRO.
5 GISBERGA.
6 DON PEDRO SESÉ, *caballerizo mayor del rey.*
7 ARJONA.
8 JUAN.
9 MELENDO.
10 UN PAGE
11 CABALLERO
SOLDADOS. — CABALLEROS. — PAGES. — REYES DE ARMAS. — JUECES DEL CAMPO. — PUEBLO. verdugo

Año 1030 de N. S. J. C.

JORNADA PRIMERA.

Interior de un aposento de una casa rústica, que ocupa la mitad de el escenario, cuyos adornos consisten en utensilios de caza. Este aposento tiene una puerta á la derecha y dos en el fondo; de estas dos la una es una alcoba la otra es la salida y entrada. A la izquierda una ventana con reja de madera. La parte esterior del teatro figura la ladera de un montecillo, cuyo horizonte se cierra con montañas en que se abren varios senderos.

ESCENA PRIMERA.

GISBERGA *en el aposento*, JUAN *bajando por la montaña.*

Gisberga. Ya va avanzando la noche,
y fria y lóbrega cierra,
¡y aun no vuelven...! pero siento
pasos. ¿Quién es? (*Asomando á la ventana.*)
Juan. (*Desde fuera.*) Yo.
Gisberga. Ya llegan.
(*Abre Gisberga, y entra Juan con caza y perros.*)
¿Y tu amo?
Juan. ¿Pues no ha venido?
Gisberga. No.
Juan. Habrá alzado alguna pieza.
Gisberga. ¿Mas dónde está?
Juan. Tras mi viene.
Le dejé junto á la peña
del puente, donde los perros
se nos plantaron de muestra.
Gisberga. ¿Tan de noche y sigue rastro?
Juan. ¡Qué quereis! Si no le deja

la aficion. Díjome al irse
que á espacio á casa volviera
que de cerca me seguia;
mas al pie de aquella cuesta
le he esperado largo rato
y ya creí que me hubiera
adelantado tomando
por el atajo.

Gisberga. Pues, ea,
que te ayude el africano
á descargar, y Teresa
que apronte una buena lumbre.

Juan. Sí por Dios, que ahora comienza
úna lluvia tan menuda
que cala.

Gisberga. Pues date priesa.

Juan. Allá voy. ¡Bien lo hemos hecho!
Molidas traigo las piernas.

ESCENA II.

GISBERGA.

(Don Garcia baja por las montañas acercándose á la casa y dando instrucciones á los que le acompañan para lo que posa en las escenas posteriores. Don García se adelanta solo.)

Tan tarde y solo en el monte
y ahora que anda tan revuelta
Navarra, y el rey ausente
haciendo á los moros guerra
mas... sí... estoy sintiendo pasos....
él es... sin duda *(Mira por la ventana.)* se acerca.
¿eres tú?

García. Yo soy.

Gisberga. Aguarda
que voy á abrirte la puerta. *(Lo hace.)*
Entra, amor mio... ¡Mas cielos,
no es él!

Garcia. No, no es el que esperas
tan afanosa y amante,

pero es otro cuyas huellas
solo traen rastro seguro
cuando hácia ti se enderezan.

Gisberga. Señor, caballero, basta:
basta de vanas protestas.
de un amor que simpatía
en mi corazon no encuentra.
Dos veces me habeis buscado,
y dos veces por sorpresa
habeis llegado hasta mí
aprovechando la ausencia
de las gentes de mi casa.

García. Aparta, serrana bella,
el ceño adusto, que entolda
tus miradas hechiceras.
¿Qué haces entre los peñascos
de estas montañas desiertas,
donde el sol de tu hermosura
tan breve horizonte encuentra?
Ven, abandona conmigo
estas paredes de tierra
para habitar un palacio
y ver á tus plantas puesta
toda una corte ostentosa,
toda la Navarra entera.

Gisberga. Si no me enojaran tanto
vuestras lisonjas molestas
á fé que reir me harian
tan colosales promesas,
porque tan grandes no fuesen
si fuesen mas verdaderas.
Toda Navarra ¡ahí va poco!
¡y á quién? ¡á una lugareña!

Garcia. Ay serrana, que es tan falso
tu pecho como tu lengua,
y para enviar en palabras
tus pensamientos á ella,
lo que erees y lo que dices
tu astuto corazon trueca.
¿Serrana tú? ¿tú villana?
aunque ese sayal que llevas
y esa toca te disfraza

en vano engañar me intentas.
Que no hay serrana que arome
con tal cuidado las trenzas
que en agujas de oro prendes,
y acaso con nacar peinas.
Villana que en los arroyos
se laba, y al sol espuesta
y al aire libre ha pasado
diez y nueve primaveras,
no tiene tan trasparentes
las manos á torno hechas.

Gisberga. Tened las torpes palabras
que me indignan y avergüenzan,
ó alguno tal vez que puede
á la garganta os las vuelva.

García. ¿Quién, el jayan que allá dentro
enciende la chimenea?
¿Con qué? ¿Tal vez con el látigo
con que á los galgos encierra?

Gisberga. ¡Caballero!

García. ¿Ó es el otro
que de misterios se cerca,
y aqui entre misterios pasa
su misteriosa existencia,
dando al necio vulgo pábulo
para harto absurdas consejas?

Gisberga. ¿Qué decís?

Garcia. Lo cierto digo.
Toda la comarca entera,
ya de vosotros murmura
y de vosotros se aleja.
La misma corte, Pamplona
ya en vosotros tiene puesta
su atencion, y aseguraros
á mí me encarga la reina.

Gisberga. ¡Cielos!

Garcia. Ahora bien hermosa,
mi valor y mi nobleza
me han colocado en Navarra
de la real familia cerca.
Yo te amo, y yo solo puedo
si no esquivas tal oferta

librarte de los peligros
que sobre vos se aglomeran.

Gisberga. Idos señor caballero
y no os fatigues la lengua
en promesas ni amenazas
que quien las oye desprecia.
Decís que los que habitamos
esta marañada selva
damos al vulgo que hablar
y que temer á la reina;
pues bien, la reina y el vulgo
cuando les plazca que vengan,
y verán desvanecidas
tan injuriosas sospechas.

Garcia. Mucho de tu causa fias;
mas ¿sabes que malas lenguas
por espias os delatan
de los moros?

Gisberga. ¡Tal afrenta!
¡espías/

García. Tal lo murmuran;
y las nocturnas escenas
que dicen que en este valle
pasan, (que seran quimeras)
mas que ante el vulgo ignorante
que todo mal lo interpreta...

Gisberga. ¿Qué!

García. De magos os acusan,
de quirománticas ciencias
profesores ó secuaces.
¡Qué se yo/

Gisberga. Dios nos proteja;
¡espías y nigromantes!

García. Que son crìmenes que llevan
á los unos á la horca,
y á los otros á la hoguera.

Gisberga. Por Dios, señor caballero,
que patrañas tan groseras
los nobles y cortesanos
es imposible que crean.

García. Que aqui un espíritu habite
que impalpable se aparezca

bajo mil formas distintas
ya en el llano ya en la vega;
que aqui con otros espíritus,
nocturnas rondas emprendan,
y otras semejantes fábulas
que cuenta la chusma incrédula,
no puede creerlo nadie
que cinco sentidos tenga;
mas ¿quién en vuestros encantos
no creerá si á ver llega
los poderosos hechizos
que atesora tu belleza?
¿Que mas filtro que tus ojos
que filtran y que penetran
los corazones mas duros
que entre sus rayos se queman?

Gisberga. Idos, caballero, idos;
vuestro amor, vuestras ofertas
ni puedo admitirlas yo.
ni á poder, las admitiera.
Idos por Dios caballero;
que estoy temiendo que vuelva,
quien puede de estas palabras
pedirnos á entrambos cuentas.
—Salid de aqui.

García. En vano trazas
una inútil resistencia,
un solo criado en casa
tienes, y la casa cercan
quienes de ese otro que dices
sabrán defender las puertas.
Mira.

(*La hace mirar por la ventana y ver los monteros que rodean la casa.*)

Gisberga. ¡Gran Dios!

García. Y si viene
le prenderán... con que piensa
que tengo mucho poder,
que traigo gente resuelta,
que te amo, y que has de ser mia
por voluntad ó por fuerza.

Gisberga. ¡Cielos, quién es este mónstruo

que asi ultraja la inocencia
y los respetos mas santos
tan sin pudor atropella!
¿No hay quien contra tí me ampare?

Garcia. No; no hay nadie; en vano esperas
que en el que fias te escuche
ni á darte socorro venga,
no; que aunque ese hombre no diese
cual da á la corte sospechas
con su misteriosa vida
por quererte la perderia.

Gisberga. Primero habrás de matarme
que yo en seguirte consienta.

Garcia. Pues bien, sino vas amante,
te arrastraré prisionera.

(Va á volverse para salir, y por una de las puertas del fondo aparece don Ramiro.)

ESCENA III.

DON GARCÍA. DON RAMIRO. GISBERGA.

Gisberga. ¡Ah!

García. ¡Santo Dios!

Ramiro. Buenas noches.
¡Hola! bien venido sea.
el príncipe don Garcìa
á mi mísera chozuela.

Gisberga. (¡El prìncipe!)

Garcia. (Me conoces.)

Ramiro. Pero parece que os deja
mi llegada algo turbados.
¿Qué, os enoja mi presencia?
Vaya, perdonad por hoy,
no es justo que al raso duerma
teniendo casa... ¡mal rayo!
¡y ahora que zaracéa!
¿Mas qué mil diablos teneis?
¿Os habeis vuelto de piedra?
Ea, señor animaos,
que aunque no son mis riquezas
mas que de vasallo aun puedo

ofreceros cama y mesa.
(*A Gisberga.*)
Di á Juan que abrevie que el principe
pasó la jornada entera
cazando, y tendrá apetito:—
(y á presentarte no vuelvas.)

ESCENA IV.

DON GARCÍA. RAMIRO.

Ramiro. ¿Y en qué pensais?
García. ¿Por do entrásteis?
Ramiro. ¿No lo visteis? por la puerta.
¿Ó juzgais que sea brujo
que entre por las chimeneas?
Ya sé que el vulgo lo dice,
pero, ¿yo..? ¡vaya una idea! (*Riéndose.*)
García. Acabemos de una vez,
voto á Dios... quién quier que seas...
Ramiro. ¡Esta es mejor! ¿estais loco?
¡pues me gusta la manera
de pagarme el hospedage!
¡Bah, dejad la espada quieta,
y cenemos en sosiego
qué es lo que nos interesa.
García. (No sé qué es lo que me pasa:
¡jamas ví tanta impudencia!)
Ramiro. Con que ¿qué hay nuevo en la corte?
¿qué es lo que se sabe en ella
de don Sancho vuestro padre?
¿avanza mucho en la guerra
con los moros?
García. Los navarros
siempre en las campañas llevan
lo mejor, y hombre es mi padre
ante quien calla la tierra.—
Ramiro. Bien dicho, ¡viven los cielos!
(*Sacan en un canastillo platos, manteles etc.*)
pero aqui está ya la cena,
y pues que viene á propósito
vaciemos una botella,

con un brindis á don Sancho
y á su pronta y feliz vuelta.
(Llena las copas y le ofrece una.)
Tomad.

García. Yo no bebo.

Ramiro. ¡Cómo!
mirad que asi las sospechas
corroborais de quien dice
que esperais con impaciencia
la muerte de vuestro padre
para heredarle la hacienda.

Garcia. ¡Villano!

Ramiro. Bebed entonces,
y brindemos porque vuelva.

García. No bebo nunca.

Ramiro. Esta es otra;
¿pues qué haceis en esas fiestas
y en esas órgias en que
pasais las noches enteras?
¡Bah! ¡bah! tomad esa copa
y sin recelo bebedla,
que no es mano de traidor
señor, quien os la presenta.

Garcia. Hablemos de una vez claro,
que siento que mi paciencia
se va menguando, y escúchame.

Ramiro. Hablad.

García. Quién quiera que seas,
ya hombre vulgar como todos,
ya ministro de esa ciencia
diabólica y misteriosa
que lo escondido penetra.
Si quiera fueres el mismo
espíritu de tinieblas,
hombre soy en cuyo pecho
ningun vil temor se alberga
que he nacido en régia cuna
y sangre de rey me alienta.—
Como he venido á esta casa
y á que no creo que deba
á tus ojos esconderse,
y esas ambìguas maneras

que usas conmigo intenciones
recónditas manifiestan.
Pues bien, de una vez declárate
que á mí nada me amedrenta
cuando en la ocasion me encuentro.

Ramiro. ¡Bah! todo eso es bagatela,
aqui estais en vuestra casa,
aun que os roa la conciencia
al acordaros del modo
con que habeis entrado en ella.
Pero eso no es dé cuidado.
Si os pareció hermosa, Elena,
si á galantearle vinisteis,
si os rechazó esquiva ella;
todo eso es muy natural
y no sale de las reglas:
vos ignorábais que es de otro
y ella ignoraba quién érais.
Y en cuanto á esos temores
que parece que os inquietan,
sobre quién soy ó quién no
solo son vanas quimeras.
Confieso que hago una vida
montaraz en estas peñas,
y que á veces tengo antojos
tan raros y tan diversas
costumbres de las que suelen
los hijos de Adan y Eva,
que tiene razon el vulgo
cuando me hace en mil consejos
el héroe misterioso,
y el poder que las maneja.
Mas veo que estais inquieto
y que volveis con frecuencia
los ojos á esa ventana.
Ah, ya caigo, bajo de ella
habeis la gente apostado
para que os guarde la puerta.
Bien hecho, pero sí os place
mandaré que en mis paneras
les aìojen, que hace frio
y ningun peligro altera

la comarca. Juan.

Juan. *(Saliendo.)* Señor.

Ramiro. A esos que allá bajo esperan
hospedaje da y regálos
con todo cuanto apetezcan.

Garcìa. (¡Cielo santo! ¿qué hombre es este?
mas disimular es fuerza,
pues tanto en si no podria
fiar si solo estubiera.)
Gracias, huesped, mas son muchos
y os van á causar molestia...

Ramiro. Nada de eso.

Garcìa. A mas ya es tarde
y en esa vecina aldea
nos esperan los caballos
y monteros.

Ramiro. ¡Qué simpleza!
¿ir atravesar el valle
con una noche como esta?
No, no, aqui la pasareis,
y mañana cuando vuelva
el claro sol, todos juntos
á la corte iremos. Ea,
remitid pues los cumplidos
y sentaos. Nada alegra
ni entona mejor á un hombre,
que un par de viandas recìas
y un par de sabrosos tragos
de pura sangre de cepa.

García. Sea; ¿por qué como huésped
despreciar tales ofertas
con mala cara? Escanciad
y brindo á vuestra franqueza,
y á los ojos de esa hermosa
sea de vos lo que sea...

Ramiro. Sí, sì, bebamos en tanto
que se pasa ìa tormenta,
y con la copa en la mano
la mañana nos sorprenda.
Bebed, y el ceño severo
desembozad.

García. Sí por Dios,

que veo huésped en vos
un bizarro compañero.

Ramiro. Dispuesto á cuanto gusteis,
sea de paz ó de guerra.

Garcia. Fama por toda esta tierra
de gran corazon teneis.
Dicen que en estas montañas
no hay quien os resista un bote,
ni fiera á quien no acogote
vuestro puño.

Ramiro, ¡Bah! patrañas,
no niego que soy osado;
y cual veis recio y fornido,
jamas me he visto vencido
cuando á reñir me han sacado.
Pero no hableis de ello vos.
¿Con justador tan famoso
el jayan mas vigoroso
que tiene que ver?

Garcia. Por Dios,
que á ser como brabo noble
y prìncipe cual vasallo,
ginete en un buen caballo
y con buen lanzon de roble,
en cierta fiesta que espero
dar muy pronto, me holgaria
teneros de parte mia
como al mejor caballero.

Ramiro. Lo siento de corazon,
mas no es posible.

Garcia. Me pesa.

Ramiro. Me he metido en otra empresa
de mas especulacion.

Garcìa. ¿De mas? Ignorais la mìa.

Ramiro. Yo nada ignoro, señor.

Garcia. Esto salvo.

Ramiro. Es un error
que padeceis, don García.

Garcia. Yo no creo á ningun hombre
con sobre humano poder,
y mal podeis vos saber
lo aqui aun...

Ramiro. No os asombre;
bien sé que con tanta maña
conducis vuestros secretos,
que aun los que estan mas sujetos
en la red de su maraña
su parte saben no mas;
y aun que á soltarse llegara
cualquier nudo no soltara
el nudo de los demas.
Y está bien; pues de este modo
contais seguro vivir.
Mas ¿no hais oido decir
que el diablo lo sabe todo?

García. Voto á...

Ramiro. Bah, no os enojeis
si en vuestro secreto os hablo,
es porque al cabo del diablo
ocultarle no podeis.
Parece que esto que os digo
algo en vuestro ánimo influye,
mas el vulgo me atribuye
cierto prestigio... ¡ay amigo!
el diablo es gran personage,
y en todas artes maestro
no hay humano que en lo diestro
ni en lo sabio le aventaje.
Mas ya es hora de dormir,
en lo dicho meditad.
y consecuencia sacad
de aqui para el porvenir.
En esta alcoba teneis
blanda cama; si quereis,
dadme hora en que se os dispierte
para partir á Pamplona.

García. Enviadme á Lucas de Arjona,
y yo haré con él de suerte
que sin que se os incomode
yo esté servido, y mi gente
este á hora competente
pronto á lo que me acomode.

Ramiro. Voy á enviárosle, señor.
Dios os guarde.

García. Él os asista.
Ramiro. (No te perderé de vista.)
García. (No te escaparás, traidor.)

ESCENA. V.

DON GARCÍA.

¿Quién es este hombre, gran Dios?
¿Será cierto que penetre
mis ocultos pensamientos?
imposible: finge miente.
Mis secretos han vivido
dentro de mi pecho siempre,
y nadie hay que por mi boca
sepa mas de lo que debe.
Mas por Dios, que sus misterios
ciego y confuso me tienen,
y sus palabras me abisman
en mil varios pareceres.
Que me conoce está claro,
que me respeta parece,
mas tanto en sí mismo fia
que no sé de él lo que piense.
No, imposible; nada sabe
sospechas tal vez tan débiles
serán, que de congeturas
no han de pasar... y me advierte
que sabe mucho... me cita
la destreza con que siempre
me conduzco.. ¡eh! frase ambígua
con que sondarme pretende.
¡Bah! cree sin duda que yo
al vulgo crédito preste
y por el diablo le tome.
¡Mas, juro á Dios que le pese!
Ay de él como entre mis manos
á dar por fortuna llegue,
todo su infierno y sus magias
contra mí no han de valerle.
Sí, fuerza es de todos modos
de tal hombre desacerse,

si ignora por lo que intenta.
si sabe por lo que puede.
¡ Mas tarda Arjona...! Si acaso
no me le envia... *¡ah!* ya viene.

ESCENA VI.

DON GARCÍA LUCAS DE ARJONA.

García. ¿Qué es esto, Arjona?
Arjona. ¿Qué es esto,
señor?
Garcìa. Lo ignoro á estas horas.
Arjona. Y yo tambien.
Garcìa. Ese huésped
con tanta doblez se porta,
que aun me mantiene indeciso
entre el temor y la cólera.
¿Y mis monteros?
Arjona. Lo mismo
que vos. Han pasado cosas
allá bajo, que del vulgo
las hablíllas corroboran,
García ¿Cómo...? ¡qué dices!
Arjona. Que el diablo
parece que cartas toma
en el juego de esta noche.
Garcia. ¿Pues qué pasa?
Arjona. Es una historia.
Garcia. Habla, sepámosla pronto
y evitemos...
Arjona. Ante todas
cosas, señor, es preciso
que sepais, que con faz torba
cuando hácia aqui me condujo
el huésped, me dijo: Arjona,
si en algo estimas tu vida,
dile á tu amo que en todas
las paredes de esta casa
ojos, oidos y bocas
hay, que ven, oyen y cuentan
lo que entre ellas pasa.
Garcia. ¡Hola!

pues en cuenta lo tendremos.
Lucas, por si acaso, ronda
por esos cuartos vecinos,
en todas las puertas dobla
los pasadores; en esa
antesala las dos ojas
cierra de la puerta, mientras
ya voy á ver si en esta otra
hay salida ó escondite,
y luego se hará en la alcoba
igual registro, veamos.

(Don García y Arjona entran y salen, don García por la derecha, y Arjona por el fondo.)

Arjona. Aqui hay una puerta sola
sin mas ventana ni almario
ni trasto que se interponga:
la pared lisa y no mas.

García. Lo mismo pasa en esta otra
cámara: ni en esta alcoba
(La del fondo derecha.)
tampoco hay nada, habla pues,
ya estamos Lucas, á solas.
Y cercado este aposento
de cámaras espaciosas
y solitarias, no hay miedo,
con que sientate, y di Arjona.

Arjona. Pues atendedme, señor:
tenia yo con mi tropa
toda esta casa maldita
circundada á la redonda,
cuando salió de ella un hombre
y enderezó á mi persona;
díjome que vos pasabais
la noche aqui: en una copa
como un pilon de una fuente
nos hizo echar una ronda.
Despues nos condujo él mismo
á una casucha á esta próxima,
diciendo que allì tendriamos
que cenar con vuestras sobras,
pues tal era vuestra orden.

García. ¡Cuerpo de tal! de mi propia

boca debiste venir
á tomarla.

Arjona. Esa fué cosa
que me ocurrió, mas no pude
ponerla señor por obra.
Me sentaron á la mesa,
trageron con que hacer boca,
y el que hacia de Anfitrion
no me dejó á sol ni á sombra.
Yo ya intenté á la desecha
colarme por una y otra
cámara, mas él siguióme
como sirviéndome. Sorda
desde entonces la sospecha
me royó el alma. Asi toda
la casa andubimos ambos
y á nadie topé:—una holla
de agua al fuego vi no mas
en la cocina, y seis lonjas
de javalì en las parrillas
para cuarenta! ¡gran cosa!
¡Mas juzgad de mi sorpresa
cuando vi que una tras otra
sirvieron ricas viandas
y buen vino en tazas hondas!

Garcia. Es que tendrán las cocinas
en otra parte.

Arjona. Es que ahora
viene lo mejor. La mesa
nos la servia una moza
como un sol.

Garcia. ¡Pues gran pedrada!

Arjona. Mas como las licenciosas
lenguas de vuestros monteros
al momento se desbocan,
empezaron á hacerse agua
con la niña.

Garcia. ¿Y vergonzosa
se os escabulló?

Arjona. Y aqui entra
lo mas negro de la historia.
En su lugar á servirnos

entró bajo horrible forma...

García. ¿Alguna vieja?

Arjona. Peor;
el mismo diablo en persona:
un Etiope, con la cara
mas oscura que la sombra.
Quedámonos como piedras,
pues nos trajo á la memoria
las consejas que se cuentan
de esta casa: mas Luis Torras
que tiene un vino insolente,
y un alma como hay muy pocas,
le preguntó por la chica.
El Etiope, á la boca.
se llevó la luz, y abriéndola
nos mostró las fauces rojas
mas sin lengua.-En esto el huesped
entró, y héme aqui.

Garcìa. Me asombra
tu relato tanto mas
cuanto que aqui he visto cosas
que me dan que sospechar
alguna traicion, Arjona.

Arjona. ¡Cómo!

García. Al instante es preciso
que de esta casa salgamos,
y á sus dueños sorprendamos.

Arjona. Mas sin que demos aviso
á la gente...

Garcìa. ¿Es muy distante
donde se aloja?

Arjona. Si fuera
posible que yo saliera
de aqui, todo era un instante.
Estan en unas paneras
á este edificio contiguas.

Garcìa. Bueno: á tus mañas antiguas
vuelve ¿escalador no eres?

Arjona. Me llevaba en su partida
vuestro padre en los asaltos.

García. Ea pues, mayores saltos
habrás dado en esta vida.

Salta por esa ventana.
Arjona. Pero, señor, ¿y la reja?
Garcia. Es de palo, y está vieja. (*La rompe.*)
Ya está rota, tierra gana
en cuanto afirmes el pie,
y ven con mi gente á mí.
Arjona. Pero ¿y vos?
Garcia. Tranquilo aqui
vuestra vuelta aguardaré.
Que es muy astuto el patron,
y es fuerza que le imitemos
si salir bien pretendemos.
Arjona. Prìncipe teneis razon.
Garcia. Si vuelves, los mas bizarros
mete por aqui conmigo,
queden los demas contigo,
y Cristo con los navarros.
Arjona. Voy pues.
(*Baja por la ventana, don Garcia le ayuda.*)
Garcia. Arjona, con tiento.
(*Aparece don Ramiro por el fondo, derecha.*)
Arjona. Soltadme; ya estoy seguro.
Garcia. Vé, que con el huesped juro
que he de hacer un escarmiento.

ESCENA VII.

DON GARCÍA. DON RAMIRO.

Ramiro. Decidlo bajo.
Garcia. ¡Gran Dios!
¿Vos aqui?
Ramiro. Viéndolo estais.
Garcia. Mas ¿cómo? ¿por dónde entrais?
Ramiro. Por dónde no es para vos.
Tratais de iros don Garcia,
en buen hora, libre os dejo,
mas escuchadme un consejo
que os interesa á fé mia.
Hay un hombreque os espia.
que sabe cuanto intentais,
que os escucha cuando hablais,

que cuanto pensais sorprende;
que os penetra y os comprende
aun lo que á solas soñais.
Mirad pues lo que emprendeis,
porque sino andais con tino
en vuestro mismo camino
es fuerza que os le encontreis.
Ya sé que á nadie temeis,
que alienta sangre real
vuestro valor proverviaI;
mas mirad que hay esperiencia
de que es la mala conciencia
el contrario mas fatal.

García. Pues conoces mi valor
y estás viendo que te escucho
verás que no temo mucho
tu vaticinio impostor.
No, no me infunden pavor
las estrañas aventuras
de que con artes oscuras
me has hecho juguete aquí,
pues cuanto sepas de mí
no serán mas que imposturas.

Ramiro. ¿Quereis que hora á hora os cuente
cuanto hoy por vos ha pasado?

García. ¡Va!

Ramiro. Pues bien: ¿no habeis estado
hoy en la hermita del puente?

García. Sí.

Ramiro. ¿No habeis á vuestra gente
puesto y dia señalado?

García. Sì.

Ramiro. ¿No enviasteis á cada uno
un emisario diverso
para que en caso adverso
no lo pierda todo alguno?

García. Sí.

Ramiro. ¿No es la última señal
para que rompan la balla
el caballo de batalla,
y paramento real
de vuestro padre?

García. ¡Ah!
Ramiro. Si en él
salís jinete á pasearos,
¿al volver no han de aclamaros
rey de Navarra?
García. Sí.
Ramiro. Y fiel
vuestro bando á estas señales,
¿no estará en tranquilidad
si salìs por la ciudad
sin los paramentos reales?
García. Sí.
Ramiro. Y la reina vuestra madre
que es quien os estorba solo,
¿no acaba de ser con dolo
acusada á vuestro padre?
García. ¡Cielos!
Ramiro. ¿De un crímen horrible,
de adulterio?
García. ¡Santo Dios!
Ramiro. Y el acusador sois vos...
que me parece increible.
García. Sí, todo es cierto.
Ramiro. ¡Par diez!
en ese caso, señor,
estudiad para otra vez
vuestro papel de traidor.
García. Pesadilla, espectro, ú hombre
que mis secretos mas graves
cual yo mismo lees y sabes...
¿Quién eres? ¿Cuál es tu nombre?
Ramiro. Confesais que cuanto os hablo
es la verdad don García.
García. Sì.
Ramiro. Pues soy desde este dia
vuestro angel ó vuestro diablo.
Do quiera tras vos iré,
uniré á vos mi destino,
vuestro malo ó buen camino
diablo ó angel seguiré.
García. ¡El diablo! invencion grosera,
que solo en el vulgo cabe;

mas oye, quien tanto sabe,
fuerza es que me mate ó muera.
Nadie me amedrenta, no;
puédeme el diablo vender
y aqui el diablo ha de caer
ó aqui bajo él caeré yo.

Ramiro. Tened: caerá uno sí,
mas advertid, don Garcia,
que ni hoy ha de ser el dia,
ni el sitio ha de ser aquí.
Por esa noble matrona,
tiempo vendrá en que lidiemos,
y uno de los dos caeremos.

Garcia. Cúbrete pues, *(Con la espada en la mano.)*

Ramiro. No, en Pamplona.

(Don Ramiro al fin de esta escena se habrá ido retirando al fondo hácia la puerta por donde salió, la cual cierra de repente, dejando á don Garcìa solo en la escena. Al mismo tiempo sale por fuera de la casa Arjona con monteros y caballerizos, con armas y antorchas. Don Garcìa se abalanza á la puerta por donde entró Don Ramiro, y Arjona sube al mismo tiempo por la ventana, y varios tras él.)

ESCENA VIII.

DON GARCÍA. ARJONA. MONTEROS.

Arjona. *(Entrando por la ventana.)*
Señor.

García. A mí, Arjona, á mí.

Arjona. ¡Sús pues! arriba.

Garcia. Seguro
le tengo aqui, y yo le juro
que le he de matar aqui.

Arjona. Dad... dad...
(Se agolpan á la puerta golpeándola.)
Cede... Cayó ya.

Garcia. Traedme pues a ese traidor.

Arjona. Aqui no hay nadie, señor. *(Entra y sale.)*

Garcia. ¡Cómo!

Arjona. Vedlo, aqui no está.

Garcia. ¡Ira de Dios! ¡Con tal juego
pretende causarme asombros!
Toda la casa en escombros
tornaré. — Pegadla fuego.
Arjona. ¡Señor!
Garcia. Silencio, menguados:
esas teas, arrimadla
sin replicar; incendiadla
por todos cuatro costados.
Fuera pues: pronto. Cercadle
la casa: si se presenta
atadle por buena cuenta,
mas si resiste, matadle.
(*Pegan fuego á la casa, salen y la cercan en derredor.*)
Veremos si trampantojos
le valen: ó ha de salir
ó aqui dentro va á morir
con las ascuas en los ojos.

Fin de la jornada primera.

JORNADA SEGUNDA.

Salon del palacio de don Sancho en Pamplona, puerta en el fondo; ventana á la derecha, puerta á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DON GARCÍA. *Despues* ARJONA.

García. Ya va la mañana entrando
y aun no parece ese hombre.
Arjona. Señor...
García. ¡Ah! gracias á Dios.
¿Cómo estamos?
Arjona. Cómo anoche.
Desplomáronse uno á uno
los tostados paredones.
García. ¿Y qué?
Arjona. Nadie ha parecido;
con que quedan los traidores
debajo de los escombros
como bajo siete montes.
García. ¿No hay pues temor?
Arjona. No hay ninguno.
García. ¡Ay! una losa de bronce
me quitas del corazon:
somos salvos.
Arjona. Se supone.
Nadie salió de las llamas,
ya lo visteis; desde entonces
doblé las guardias en torno,

y ahora los muertos tizones
revuelve la gente nuestra
de Luis Torras á las órdenes.
Todo lo estan registrando,
y con todo cuanto logren
les mandé venir al punto.

Garcia. Bien, Lucas.

Arjona. ¡Vaya una noche!
cosa de magia parece.
¡Si vierais cuántos sudores
me costó hacerlos que entraran
á revolver los carbones!
Todavía se temian
que aquel espantoso Etiope
de los escombros se alzara
con su amo dando mandobles.

Garcia. ¡Mas si se salvó!

Arjona. Imposible.
La casa encima cayóle,
y él viéndose descubierto,
alli achicharrar dejóse
por no dar en nuestras manos.

García. ¡Ojalá!

Arjona. Dios le perdone.
¿Mas tanto ese hombre estorbaba?

Garcia. Era muralla de bronce
puesto á mi paso: mis planes
exactamente conoce.

Arjona. ¡Cómo!

García. Todos me los dijo.

Arjona. Si él era solo, temores
vanos desechad del alma,
y no receleis que torne.
Alli yacerá enterrado
entre los negros terrones,
como un raposo á quien ciegan
su cueva los cazadores.

Arjona. Arjona, todo le temo
de aquel maldito.

García. Aprensiones,
señor; los muertos no vuelven
al mundo mas.

García. Me corroen
el corazon hasta ahora
desconocidos pavores,
y... Arjona, ya no hay remedio;
fuerza es que hoy mismo se logre
ó se pierda todo. Tu
sé el escondido resorte
que mueva toda la máquina
de mis proyectos. Vé, corre,
busca á los que en ese escrito
llevan marcados los nombres,
que estos buscarán á otros,
y estos á otros, y el golpe
será seguro; vé y diles
que treguas ni dilaciones
no hay ya: que hoy es nuestro dia,
y ya la seña conocen.
El caballo de batalla
de mi padre.

Arjona. ¿Y si se opone
don Pedro Sesé?

García. ¡Oponerse.

Arjona. Como está solo á sus órdenes
la caballeriza real,
y al partir recomendóle
mucho el rey ese caballo,
es muy facil que os lo estorbe.
Cambiad la seña.

García. No hay tiempo.
Ya imposible es que trastorne
de la concertada empresa
las señales ni las voces:
fuera arriesgarse por poco,
y pueden algunos torpes...
no, estan en lo del caballo,
y temo que se malogre
si los mudo la señal.

Arjona. Mas si ese viejo de bronce
os rehusa...

García. Está previsto:
de mi padre espero orden
de prenderle con la reina.

Arjona. ¿Cómo!
García. De un crimen enorme
son reos.
Arjona. ¿Pero eso es cierto?
García. Eso no te corresponde
averiguar: obedéceme
sin meterte en mas cuestiones.
Arjona. Señor....
García. Si Sesé se obstina,
sin aguardar á la órden
de mi padre los acuso
en público y acabóse.
Ea pues, de aqui á una hora
que todo, Arjona, se apronte.
Arjona. Asi se hará.
García. Corre pues,
¡y el diablo con los mejores!

ESCENA II.

D. GARCÍA.

Sí, acabemos de una vez.
Ello es gran temeridad,
mas quedarse en la mitad
es mayor estupidez.
Ser á un tiempo acriminado
de rebelde y de impostor
por haberlo sin valor
decidido y no logrado,
es mengua para quien soy.
Si me es contraria la suerte,
y en vez del trono á la muerte
caminando á oscuras voy,
sea por mala fortuna,
que no por falta de brio.
Mas si al fin el triunfo es mio
y la ocasion oportuna
logro aprovechar, ¡pardiez!
siempre es la causa mejor
la causa del vencedor...
Sí, acabemos de una vez.

ESCENA III.

DON GARCÍA. DON PEDRO SESÉ.

Pedro. ¡Hola, vos aqui ya!.
García. Buen caballero,
don Pedro de Sesé, muy bien venido.
Pedro. Anoche...
García. (*Interrumpiéndole.*)
Si, cogióme el aguacero
en el moute.
Pedro. ¿Y en dónde habeis dormido?
Garcìa. En casa de un labriego.
Pedro. ¿Compensado
tal molestia le habreis?
García. ¡Oh! se supone.
Pedro. Vuestro padre es en eso...
García. (*Interrumpièndole.*) Harto estremado:
Pedro. Bueno es que á un rey lo liberal le abone:
vale mas por afable ser querido
que por severo y sin piedad temido.
García. Y á propósito de ello, ¿qué noticias
hay de mi padre?
Pedro. Como siempre, buenas:
las estrellas le son siempre propicias;
y se lleva las huestes agarenas
por delante.
Garía. ¿Y no hay mas?
Pedro. ¿Poco os parece?
García. Yo no sé dónde oí...
Pedro. ¿Qué?
García. Que en los reales
de dia en dia el descontento crece
por yo no sé qué nuevas...
Pedro. Muy fatales
no serán, pues vencemos.
Garcìa. De esta tierra
el rey las recibió, no de su guerra.
Pedro. De esta tierra ¿no sé...?
García. Lenguas villanas
le pusieron acaso descontento
con vuestro gorbernar.

Pedro. Calumnias vanas.
La reina y yo podremos al momento
cuentas sin tacha dar.
García. ¿Cuentas... de todo?
Pedro. De todo, vive Dios; ¿quién tiene duda?
Soy don Pedro Sesé...
García. Mas de ese modo
no os irriteis, que esa ira al vulgo ayuda
á creer, que pues tanto os acalora
la duda nada mas, poco os escuda
la inocencia.
Pedro. Lo sé.
García. Y decidme ahora,
¿cómo acudís tan pronto á este palacio?
Pedro. Despacha aqui la reina mi señora.
García ¡Oh! ¡pues no lo tomais poco despacio!
Pedro. Caballero, ese tono...
García. Caballero,
el vuestro me incomoda, y de hoy presente
tened que soy el príncipe.
Pedro. Primero
vos recordad que vuestro padre ausente
su real autoridad dejó en mi mano.
García. Mas no os dejó, ¡pardiez! por ayo mio,
ni sufriré jamas que un cortesano
con orgullo me trate ó con desvío.
¿Lo entendeis? del gobierno los negocios
despachad con la reina si esto os toca;
placer buscadla, entretened sus ocios,
mas, Sesé, en cuanto á mì cosed la boca.
Pedro. No os comprendo muy bien: mas temo acaso
que una sospecha injusta en contra mia
os anima. Si he dado algun mal paso
que marcárais en qué desearía.
Tal vez remedio tenga.
García Basta.
Pedro. Espero
que pues nunca cual hoy me habeis hablado,
sabreis...
García. Ya basta, digo, caballero;
no estoy á daros cuentas obligado,

ESCENA IV.

DICHOS. LA REINA. PAGES Y DAMAS.

Reina. ¿Qué es esto, don García? Ese sonrojo,
Sesé, que el rostro trémulo os colora..
¿Qué es esto? ¿os ha causado algun enojo
el príncipe?
Pedro. ¡A mí enojo! No señora;
antes mi indiscrecion se le ha causado,
y de mi error disculpas le pedia.
Reina De ese modo lleváisle perdonado;
yo os le otorgo, Sesé, por don García.
Garcìa. ¡Oh! si vos lo tomais por vuestra cuenta,
dad por zanjada ya nuestra rencilla.
¿Qué importa si el vasallo se acrecienta
con vuestro real favor...? si á mí me humilla
es disfavor de madre y no me afrenta.
Reina. Mal lo entiendes, Garcia: si al olvido
la falta quiero dar del caballero,
yo el perdon no lo otorgo, te le pido.
En ausencia del rey que haya no quiero
bando ni enemistad bajo su trono;
si te faltó, su falta le perdona,
que don Pedro es leal y yo le abono.
Garcìa. ¿Lo ois? La reina contra mí le abona.
No hablemos de ello mas.
Reina. ¿Qué significan,
príncipe, esas palabras? Me parece
que contra vos tan solo testifican.
Garcìa. Perdonad; basta ya, que no merece
la cuestion tanto tiempo.
Reina. Bien, Garcìa,
no se hable en ello mas. Ahora sepamos
qué negocio á mi cuarto te traía.
Garcia. Poca cosa, señora...
Pedro. Si estorbamos...
García. No, lo podeis oir: es un servicio
que á hacer voy á mi padre, pero siendo
en mengua de quien debe tal oficio
desempeñar, que lo sepais pretendo
antes de hacerle.

Reina. Tu respeto aprecio.
Habla.
Garcìa. Cuando mi padre fué á la guerra,
un caballo dejó de tanto precio,
que no se vió mejor en esta tierra.
Reina. Regalo fué del cordovés aliado.
Garcìa. Pues bien, ese caballo tan hermoso,
y de mi padre el rey tan estimado,
va á perderse tal vez: fiero, brioso,
siempre establado está, y de dia en dia
va menguando en valor.
Pedro. ¡Oh! perdonadme:
ese hermoso caballo, don Garcìa...
Garcia. Estoy hablando, concluir dejadme.
Del rey caballerizo mas en cuenta
le debisteis tener; mas tal descuido
quiero encubriros yo.
Pedro. (*Aparte.*) (¿Qué es lo que intenta?)
García. Señora, ese caballo yo os le pido.
Pedro. Señora, ese caballo á don Garcia
es imposible dar. Si el rey su padre
lo llegara á entender se enojaria.
Como estima sabeis, cuanto cuidado
pone en caballos y armas un guerrero,
y en esto el rey D. Sancho es estremado.
Garcìa. Por la misma razon, buen caballero,
cuando sepa que tanto se le cuido
las gracias me dará: con que señora,
que me negueis no esperó lo que os pido.
A nadie en ello espongo,
porque de gran ginete alcanzo nombre,
y aunque mi padre el rey ha prohibido
que le montare nadie, yo supongo
que hablar con D. García no ha querido.
Pedro. Señora, es mi deber, y yo os lo advierto:
vedado es para todos tal antojo,
y el caballo está sano.
Garcia. Falso.
Pedro. Cierto.
Perdonad que os desmienta.
Garcia. ¡Tal arrojo!
¿me desmentìs! ¡por Dios, reina y señora,

que para que aboneis tanta insolencia
no sé qué traza intentareis ahora.
Por que poneros aun en contra mia,
querrá decir que vale un cortesano
mucho mas para vos que don García,
y en tal caso tal vez me acordaria
que heredero soy de un soberano.

Pedro. ¡Príncipe!

Reina. Basta ya, cuestion tan leve
no merece ocuparnos. De el caballo
responderé yo al rey: peligro no hallo
en que mientras el príncipe le lleve.

Pedro. Yo me someto humilde á vuestro fallo.

Garcia. Yo las gracias os doy: y pues ya es mio,
que me le ensillen sin tardanza alguna
voy á hacer en señal de señorìo.
(Y ahora cada cual con su fortuna.)

ESCENA V.

LA REINA. DON PEDRO SESÉ.

Reina. Despejad el ceño adusto
buen caballero Sesé.

Pedro. No sé, señora, por qué
siento que le deis tal gusto.

Reina. El rey á vos le ha pospuesto
para el gobierno en su ausencia,
y temí la violencia
de su natural en esto.
¿Y qué importa que el corcel
monte, y que cumpla su antojo?
¿Temeis de Sancho el enojo?
Yo os disculparé con él.

Pedro. No es ese temor pequeño
lo que me anubla el semblante;
el servidor mas constante
fuì siempre del rey mi dueño,
y él me sabrá disculpar.
Mas esa doblez y embozo
con que está obrando ese mozo
me da mucho que pensar.

Reina. Es claro que anda ofendido
dé que el rey en mengua suya
en su puesto os sustituya.
Pedro. Pues razon habrá tenido.
Que es don Sancho harto sagaz,
y en paz lo mismo que en guerra
para gobernar su tierra
no hay príncipe mas capaz.
Reina. Mas ¿que hará con el caballo?
Todo lo que puede hacer
es maltratarle por ver
si os castiga el rey. Dejadlo
don Pedro andar, que por esto
mientras por medio yo ande
no ha de ser el mal muy grande
para vos.
Pedro. Mas si es pretesto
para que él...
Reina. Quédese aqui
Sesé.

ESCENA VI.

DICHOS. UN PAJE.

Pedro. ¿Qué es?
Paje. Señor, afuera
hay un hombre que hora espera
de ver á la reina.
Reina. ¿A mí?
Paje. Diz que para un grave asunto
que vida y honra interesa,
y es negocio de tal priesa
que pide veros al punto.
Pedro. ¿Y de que clase es ese hombre?
Paje. El viste de peregrino,
yo le pregunté su nombre,
y él me dió este pergamino.
(*Se le entrega á don Pedro, y este lee.*)
Reina. A ver, leed.
Pedro. Dice asi:
« *Nos el rey don Sancho de Navarra rogamos y mandamos*

á nuestros amigos, aliados, súbditos y vasallos, que ayuden, amparen y protejan, y den crédito á la persona que este escrito de nuestra mano les presentare: con lo cual á mas del placer que habrán de reportarnos, nos ayudarán á cumplir una deuda de honor que tenemos contraida, con la persona ó personas poseedoras de las presentes letras.»

y firma Sancho el mayor.
Reina. ¿Deuda del rey y de honor?
al punto pues que entre aqui.

ESCENA VII.

LA REINA. DON PEDRO. DON RAMIRO, *de peregrino.*

Ramiro. A vuestros pies...
Reina. Levantaos,
buen Romero, que quien trae
firma del rey en su abono,
en postura semejante
no ha de estar ante su esposa.
Ramiro. Esas palabras reales
de su mismo puño escritas,
mi importunidad reparen.
Reina. Él habla en vos, alzad pues.
Ramiro. Primero que me levante
vuestra real mano, señora,
para que la bese dadme.
Reina. Tomad, y hablad.
Ramiro. Gracias. reina,
y esta humildad no os estrañe
que nací vasallo vuestro,
y aunque jamas el semblante
logré hasta este punto veros,
de él he llevado una imagen
en el corazon grabada
y ya nunca ha de borrarse.
Reina. De ese respeto agradezco
demostraciones tan grandes,
pero...
Ramiro. Escuchadme, señora,
y vos tambien escuchadme

caballero, que á la par
os toca á ambos mi mensage.

Pedro. Decidle pues.

Ramiro. Duro cargo
me impuse en él, y es probable
que el corazon generoso
mis palabras os desgarren,
mas el mal que voy á haceros
por la intencion disculpadme.
Teneis un hijo, señora,
por cuyas venas la sangre
de vuestras venas circula.

Reina. Tengo dos.

Ramiro. Uno distante
de Navarra está, no es ese
de quien hablo; no es culpable.
Al príncipe don García
me refiero cuyos planes,
hondo y fatal precipicio
hoy á vuestras plantas abren.

Reina. ¿Qué es lo que dices?

Ramiro. Oidme:

Reina. Esplícate, pero antes
piensa bien que una impostura
la vida puede costarte.

Pedro. Proseguid, buen Peregrino,
dejad señora que hable.

Ramiro. ¡Oh! sé muy bien lo que digo.
¡Pluguiera á Dios me engañase!
Yo, que en los vecinos montes
hago una vida salvage,
entre sus quebradas peñas
y sus fieras montaraces
por azar, por suerte vuestra,
ó por los impenetrables
juicios de Dios, vine astuto
de sus tramas infernales
á coger todos los hilos,
y vengo todos á dároslos
antes que os teja con ellos
traidora red un infame.

Reina. ¡Oh! concluid.

Ramiro Don García
conspira contra su padre.
Reina. ¡Cielos!
Ramiro. Y como su intento
ambos á dos le estorbábais
dió en un delito mas pérfido:
os acusó el miserable
de un feo crìmen.
Reina y Pedro. ¿De cuál?
Ramiro. Permitidme que lo calle.
Reina. No, hablad.
Ramiro. Del que no perdona
jamas un esposo amante.
del que asesina la honra
de quien con vergüenza nace.
Pedro. ¡Dios mio! ya me esperaba
que algun proyecto execrable
encerraba la sonrisa,
y la mirada insultante
de ese mancebo.
Reina. Tú mientes.
Tamaño crímen no cabe
en el corazon de un hijo.
Que á ese vasallo acusase
de cualquier crímen lo entiendo,
porque en su lugar su padre
por gobernador conmigo
le dejó, y sé que ha de odiarle;
pero ¿á mí? mientes mil veces.
Pedro. ¡Ay, reina, el estrago que hace
en el corazon del hombre
la ambicion solo lo sabe
Dios, que nos le hizo de tierra
tan quebradiza y tan frágil!
Reina. Es imposible, don Pedro,
es increible improbable,
y este impostor dura muerte
merece. Hola, guardias, pajes.
Pedro. Tened, señora, tened
los ímpetus naturales
del corazon..Vos seguid
Romero, sin que os agrabie

ni atemoricen sus iras.
Es natural, es su madre.

Ramiro. A mí sus iras no pueden
amedrentar ni agraviarme,
cuando no hay tales secretos
quien sepa ni quien relate
fuera del prìncipe y yo,
ni hay tal vez tampoco nadie
mas pronto á morir por ella
cuando otras pruebas faltáren.

Reina. Pues bien, pruebas convincentes
presenta pronto, al instante,
ó te hago ahorcar de una almena
como á un impostor infame.

Ramiro. No hareis tal reina y señora
por dos razones.

Reina. ¿Por cuáles?

Ramiro. La primera, porque el rey
tal vez no os lo perdonase
jamas.

Pedro. ¡Vive Dios!

Ramiro. La otra
es porque cuando ya os falte
faltará quien os defienda
y os pesaria aunque tarde.

Reina. Mas por Dios que sin mas pruebas
de delitos semejantes,
¿bajo qué crédito quieres
que tu palabra me baste?

Ramiro. Basta y sobra el pergamino
que del rey don Sancho traje.

Reina. Tienes razon, ¡cielo santo!
él manda aqui que te ampare
que te proteja y dé crédito.

Ramiro. ¿Y su firma no es bastante?

Reina. Sí, sí, cuando el rey te abona
razones tendrá muy graves.

Ramiro. ¿Don García está en palacio?

Pedro. } Sí.
Reina. }

Ramiro. Pues ante vos llamadle
y decidle que el caballo

de batalla de su padre
habeis de matar primero.
que que le monte dejarle.

Reina. Romero, tú estás sin juicio.

Pedro. Dejadle habiar.

Ramiro. Por mi parte
cumplí mi deber, señora,
obrad como mas gustáreis,
mas si le dais el caballo
tal vez esta misma tarde
vereis para vos trocadas
vuestras cámaras en cárceles.

Reina. ¡Qué dices!

Ramiro. Esa es la seña,
y pues sobran desleales
en todas las tierras siempre
dispuestos á revelarse,
el príncipe se ha sabido
atraer por todas partes
muchos secuaces que esperan
medrar con sus novedades.
Todo está ya prevenido,
y si en el caballo sale
fuerza, es que en él suba príncipe,
mas rey de Navarra baje.

Reina. Imposible me parece.

Pedro. Señora, por Dios, llamadle
y procurad con palabras
meditadas y sagaces
leer lo cierto en su rostro,
el corazon penetrarle.
Todo es posible, señora,
y en los hombres todo cabe.

Reina. Sí, sí, que venga, que venga,
mas sola con él dejadme:
no quiero que alma viviente
presencie lo que aqui pase.

Pedro. Pero si es cierto... si intenta...

Reina. No: esperad á que yo os llame.

Ramiro. En horabuena, señora,
mas no olvideis en tan grave
situacion que tengo solo

de sus secretos la llave,
y que estoy pronto por vos
á verter toda mi sangre.

Reina. Y no olvides tú tampoco
que como inocente le halle,
en tí caerá la sentencia
del crímen que le imputaste.

Ramiro. Ponedme de él frente á frente
que acepto, si él lo negare.

Reina. ¿Luego os conoce?

Ramiro. Una vez
no mas me ha visto el semblante,
y oyó una vez mi palabra,
mas lo olvidará muy tarde.

ESCENA VIII.

DICHOS. PAJE. *Don Pedro ha salido ya de la escena.*

Paje. El príncipe.

Reina. Ya no es tiempo
que salgais, va á veros.

Ramiro. Facil
es esto de remediar
de sus ojos ocultadme.

Reina. Entrad aqui.

(*Entra don Ramiro en la habitacion de la reina.*)

Ramiro. Sed prudente.

Reina. ¡Justicia de Dios, ampárame!

ESCENA IX.

LA REINA. DON GARCÍA.

Garcia. ¿Qué es lo que ocurre señora,
que con tal prisa y afan
tras mí vuestros pajes van?
¿Qué pasa de nuevo ahora?
Un momento há me tuvisteis
con vos en este lugar.
¿y ahora me teneis que hablar?
¿por que entonces no lo hicisteis?

Reina. Porque entonces no sabia
lo que ha llegado despues
á mis oidos.
García. ¿Y qué es?
Reina. Los abrás.
Garcìa. ¡Por vida mia
será otro cuento del viejo
Sese! vasallo mas fiel
no teneis: nada sin él
podeis, ni sin su consejo.
Sois con él harto benigna
y le otorgais tal franqueza
que á ser su privanza empieza
de una doble dama indigna.
Reina. ¡García!
Garcia. No os irriteis,
madre: mas que haya un vasallo
que se meta en si un caballo
darme ó no darme debeis,
y que pueda mas con vos
que el hijo de vos nacido,
¡es cosa que me ha ofendido
y que me estraña por Dios!
Reina. Y ese insolente lenguaje
me está ya haciendo García
sospechar que no te hacia
quien te acusó grande ultraje.
Garcia. Quién me acusó... pienso quién.
Sesé sin duda...
Reina. Él, ú otro.
Garcia. ¿De haberos pedido el potro?
Reina. Pues.
García. ¿Lo queria él tambien?
Yo que vos se lo daria,
que entre él y yo él es primero.
Reina. Diérasele al pregonero
antes que á vos, don Garcia.
García. Lo que con vos puede veo;
pero ya es mio señora,
y á desmandármele ahora
que no habrá quien ose creo.
Reina. ¿Le has elejido tal vez (*Con ironia.*)

por su nobleza y vigor
para algun campo de honor,
ó alguna liz de gran prez?

García. No sé qué misterio encierra
vuestro tono, mas me temo
que estamos en el estremo
de la paz ó de la guerra.

Reina. Eso depende de tí:
las frases que á salir van
de tu boca, esas serán
tu ley.

García Pues oidlas.

Reina. Dì.

García. Hombre soy ya, y soy tan hombre
que decir bien alto puedo
que en Navarra ha puesto miedo
de mi valor el renombre.
De un reino heredero soy
prenda de mi real linaje,
y me cansa tanto ultraje
como recibiendo estoy.
Mi padre el rey me desprecia,
de su sangre en desacato,
por un viejo mentecato
que de leal se le precia.
Y él, y vos, y todo el mundo
me faltais al descubierto;
pero de hoy mas, os lo advierto,
no quiero ser el segundo.
Me harta ya ver que el cariño
paternal, para mí escaso,
me desaira á cada paso
como mientras era niño.
Y pues el cielo lo ha hecho,
y he nacido real infante,
madre de aqui en adelante
yo sostendré mi derecho.
Nadie ha de ir sobre mí
siendo yo el hijo del rey,
asi lo dice la ley
y yo he de exigirlo asi.

Reina. Pues mientras esté en mi mano

del rey don Sancho el poder
vos tendreis que obedecer
mi capricho soberano.

García. No os halague esa esperanza
que no hé de ser un pechero
que sirve de aventurero
á quien le compra su lanza.
No ¡vive Dios! ya á caballo
y empeñado el trance fiero
veremos quién es primero;
veremos quién el vasallo.

Reina. ¡Insensato! no tendrás
ni un corcel mientras yo viva
que en sus lomos te reciba,
y el de don Sancho jamas.

García. No tanto por vuestra vida
blasoneis de brios, madre,
que solo el rey es mi padre,
y cuando cuentas os pida
del poder con que os dejó,
veremos qué cuentas dais.

Reina. Mas cumplidas que esperais
se las daré.

García. Tal vez no.

Reina. Basta, traidor, basta ya.
que la verdad sin rebozo
en tus ímpetus de mozo
revelando se me está.

García. ¡Señora!

Reina. Traidor, responde
sin turbarte ni mentir:
¿á dónde intentas hoy ir
con ese caballo?

García. ¿A dónde?
¿y qué os importa?

Reina. Tu cara
palidece: el corazon
García te hace traicion
y por la faz te declara.
Silencio, bien manifiesta
tu infamia veo.

García. Acabemos

de una vez.

Reina. Acabaremos
si tienes una respuesta.
¿Qué visteis, villano, en mì
para osar torpe á mi honor?

Garcìa. ¡Cielos!

Reina. ¿Qué viste traidor
para mancillarme asi?

Garcìa. ¡Rayos del cielo! no mas
añadais... ¡Oh! me han vendido.
Mas si creen que he sucumbido
se engañaron... no, jamás.
Ya es tarde para ceder,
dijo bien quien tal os dijo,
sí, que á luchar madre é hijo
van, poder contra poder.

Reina. Miente quien diga qne tu eres
de la sangre de mis venas
nacido, miente; las hienas
no nacen de las mugeres.
Rebelde y calumniador,
yo te ganaré la mano.

Garcìa. Débil muger, será en vano
todo ese inútil furor.
Ya hemos saltado la valla
ambos á dos, ya nos hemos
conocido, y no podemos
reusarnos la batalla.
Veamos quien vencedor
sale de entrambos ahora.

(*La reina va hácia la puerta para llamar á su gente diciendo.*)

Reina. Veamos. ¡Ola!

(*El príncipe la ataja el paso, y corre el cerrojo á la puerta.*)

García. Señora,
tenoes.

Reina. ¡Cómo, traidor!

Garcia. Ya no hay mas voz que la mia:
para vos de este momento
es prision vuestro aposento.
El rey aqui es don Garcia.

Reina. ¡Miserable! ¿presa yo?
Garcia. Presa por el rey, por mí.
Reina. ¿Tú rey de Navarra!
Garcia. Sí.
Ramiro. (*Presentándose.*) ¿Rey? ¡Bah! todavia no.

ESCENA X.

LA REINA. DON GARCÍA. DON RAMIRO.

Garcìa. ¡Ira de Dios; aqui tú!
¡Todo lo comprendo ya!
mas caro á costarte va
tu farsa de belcebú.
Ramiro. ¿Qué hará en mí vuestro furor?
Garcia. Velo pues.
(*Bajando hácia don Ramiro, y abandonando la puerta.*)
Ramiro. (*A la reina.*) Abrid ahí.
Reina. (*Abriendo.*)
A mi, navarros, á mi.
Sujetad á ese traidor.
(*Los caballeros sujetan á don* Garcia.)

ESCENA XI.

LA REINA. DON GARCÍA. DON PEDRO. DON RAMIRO. CABALLEROS. PAGES.

Ramiro. Ya veis, la jugada es diestra;
vos á mi casa habeis ido
á quemarme, y yo he venido
á prenderos en la vuestra.
Garcia. Hombre fatal cuya sombra
va por do quier que voy yo:
¿quién del fuego te libró?
Ramiro. Concibo lo que os asombra
mi presencia, don García,
mas ya os dije mi poder.
Garcia. ¡Ay si llegas á caer
en mis manos algun dia!
Ramiro. Vuestro corage presumo;
mas ¿qué os valdrá ese furor?

de entre las manos señor
se va el diablo como el humo.
(Humillaos; no hay mas medio,
pues mientras yo ande en la danza
no teneis otra esperanza,
ni hallareis otro remedio.)

Garcia. No creo en la omnipotencia
de que convencerme quieres,
mas sierpe astuta ¿quién eres?

Ramiro. Soy...

Garcia. ¿Quién? ¿quién?

Ramiro. Vuestra conciencia.
Vuestra sombra, vuestro juez
mientras sigais vuestro empeño;
pesadilla en vuestro sueño,
y vuestra muerte tal vez.

(Va á salir y la reina le detiene.)

Reina. Teneos: vos por quien fué
hoy Navarra libertada,
decid ¿á quién obligada
quedo? ¿Quién sois?

Ramiro. No lo sé.

Reina. Mirad que en palacio entrado
os habeis bajo un disfraz,
y quien oculta la faz
no muestra ser muy honrado.

Ramiro. Aun cuando fuera un bandido
quien tal beneficio os hace
bien señora os satisface
quien salvaros ha sabido.
Si en vuestro palacio entrara
con el rostro descubierto
al dintel le hubieran muerto
para que á vos no llegara.
Y en fin recordaros quiero,
en favor de mi persona,
que pues don Sancho me abona
soy sin duda un caballero.

Reina. Teneis razon: é imagino
que en guardaros las tendreis,
mas si algo de mi quereis...

Ramiro. Sí, volvedme el pergamino

Reina. Tomadle.
Ramiro. Y si en premio ahora
de mi lealtad le firmais...
Reina. Si por cierto, ahí le llevais.
Ramiro. Dios os lo premie, señora.
Reina. Id en paz.
Ramiro. Y si algun dia
os hallais tan apretada
que os haga falta una espada,
acudid reina á la mia.
Paso, caballeros.
Reina. Paso
al que en nombre del rey va.
Cortesanos. ¡Le abona el rey!
Pedro. ¡Quién será!
Garcia. ¡Ay, Dios! mi desdicha acaso!

ESCENA XII.

DICHOS, *menos* DON RAMIRO.

Reina. Garcìa, mientras envio
á don Sancho esta noticia,
en poder de la justicia
quedareis.
Garcia. Fué sino mio
sucumbir, y aunque lo lloro,
puesto que el vencido soy,
en sufrir sereno estoy
mi muerte, y á nadie imploro.
Mas no olvideis reina vos,
que reos aparecemos
entrambos, y aun no sabemos
quien triunfará de los dos.
Reina. Nada teme la inocencia.
(Ruido y tumulto dentro.)
Mas ¿qué rumor...?
García. (Si habrá acaso
mi jente arriesgado el paso
para salvar mi existencia!)
(Se ve venir por el fondo un caballero armado, (Melendo) con gente armada.)

ESCENA XIII

LA REINA. DON GARCÍA. DON PERO. PAGES. GUARDIAS. UN CABALLERO. (*Melendo.*)

Reina. ¿Quién tan sin miedo á la ley
atropella asi el palacio?
Cab. Señores haced espacio
á la justicia del rey.
(*A la reina.*) Por don Sancho de Castilla,
de Navarra y de Leon,
daos, señora, á prision.
Reina. ¡Yo! ¡por el rey! ¡tal mancilla!
Cab. Reina, esta es mi obligacion.
Don Pedro Sesé, sed preso
en nombre del rey.
Pedro. ¡Yo!
Cab. Vos.
Y en tanto que con mas seso
se instruye vuestro proceso,
gobernador por los dos
nombra el rey á don Garcia.
Garcìa. ¡Oh! gracias, fortuna mia.
Reina. ¡Yo en público mancillada
por el rey! Yo ante él culpada...
Santo Dios.
Garcia. Ya os lo decia.
Reina. Aparta. Un Dios desde el cielo
la verdad mirando está,
y á su tribunal apelo.
Garcia. (A *la reina.*)
Me pesa de vuestro duelo
mas es harto tarde ya.
Lo que he intentado me aterra,
sé que nadie habrá en mi abono,
y que mi suerte se encierra
entre siete pies de tierra
cabados al pie de un trono:
mas ya puesto ante su hondura
á saltarla provaré,
si caigo... en mi sepultura;
mas si salto con ventura...

¡Oh! sobre el trono caeré.
Melendo, esta misma sala
la señalo por prision:
don Pedro Sesé á la torre,
(*A otro.*) vos sereis su guardador.
(*A otro.*) Vos al punto con la gente
de mayor satisfaccion,
buscadme por todas partes
á ese villano impostor
á quien la reina aqui mismo
un pergamino firmó.
Id, corred por todas partes
no haya en Pamplona rincon
en donde logre ese infame
salvarse de mi furor.
(*Ruido dentro.*)
¿Mas que ruido es ese?

Arjona. (*Dentro.*) Paso.

Garcia. Esa es de Arjona la voz.

ESCENA XIV.

DICHOS. LUCAS DE ARJONA.

Arjona. ¡Señor, señor!

García. ¿Que sucede?
¿Qué traes, Arjona?

Arjona. Señor:
Luis Torras está ahí diciendo
que con el secreto dió
de vuestro huésped de anoche.

Garcia. Con quien Torras dar debió
fué con él viven los cielos!

Arjona. Mas trae en cambio señor...

Garcia. ¿Qué trae?

Arjona. Trae á una muger.
Hela aqui.
(*Traen á Gisberga custodiada.*)

ESCENA XV.

DICHOS. GISBERGA.

Garcia. ¡Dios vengador

es ella / su muger.

Gisberga. Sí,
yo soy.

García. De ese vil traidor
me responde tu cabeza;
tú sabrás donde está.

Gisberga. No.

García. Quién es ese hombre.

Gisberga. Lo ignoro.

García. ¡Niegas!

Gisberga. Sì.

Garcia. Pues ¡vive Dios!
pronto hará polvo el tormento
toda esa resolucion.
Guárdadla bien hasta entonces,
mas pasa el tiempo veloz
y es fuerza acabar cuanto antes.
Arjona, sin dilacion
que me ensillen el caballo
que el rey mi padre dejó,
que quiero que vea el pueblo
quién es su gobernador,
y los vasallos del rey
guarden al rey sumision.

Reina. Traidor ¿qué vas á intentar?

Garcia. Eso no os atañe á vos,
señora.— Llevadla.

Reina. ¡Infame! (*Voces fuera.*)

Garcia. ¿Aun hay mas!

ESCENA XVI.

DICHOS. UN CABALLERIZO.

Cab. ¡Señor, ¡perdon!

Garcia. ¿Qué es?

Cab. El caballo del rey
con el real caparazon
le han robado en este instante,
un Etiope feroz
ayudado de otro hombre

Garcia ¿Y mis guardias? ¡Vive Dios!

Cab. Matáronlos á estocadas.
Garcia. ¡Ya lo entiendo! ¡Maldicion!
Ese demonio es tambien
del caballo el robador.
Seguidle, y donde le halleis
matadle sin compasion. (*Vanse algunos.*)
Mientras él viva, seguro
ni aun en mi sepulcro estoy.
(*Aparece en el fondo un rey de armas con sus insignias.*)
¿Mas qué es esto? ¿Aqui un rey de armas?

ESCENA XIII.

DICHOS. UN REY DE ARMAS. *Despues* EL REY DON SANCHO Y MELENDO.

Rey de armas. Paso, el rey me sigue en pós.
Todos. ¡Cielos el rey!
Rey don Sancho. Si señores;
el rey en persona, yo.
Doña Nuña, (*A la reina.*) don Garcia, (*A este.*)
Sesé, (*Id.*) daos á prision.
En sus cuatro torreones
tiene la torre mayor
de mi alcázar cuatro encierros.
Melendo, su guardia sois;
los tres, y esa otra muger
cada cual á un torreon.
Ferrando, que mi consejo
se junte al punto.
Reina y Garcia. ¡Señor!
Rey. ¡Silencio! Llevadlos pronto,
vamos á ver ¡voto á Dios!
qué es lo que pasa en mis reinos
cuando de ellos falto yo.
(*Los lleva. —El rey se pasea con el mayor desasosiego.*)

Fin de la jornada segunda.

JORNADA TERCERA.

En la torre del alcázar de don Sancho. Á los cuatro ángulos cuatro puertecillas que se supone dar á los cuatro torreones. Una ventana en el fondo. Otra puerta á la derecha que se supone dar al caracol que da entrada á este salon. Una lámpara que pende del techo alumbra la escena.

ESCENA PRIMERA.

MELENDO, *cerrando la puerta del primer torreon de la derecha, prision de la reina.*

¡Tamaña tenacidad!
ó es muy grande su inocencia,
ó con osada impudencia
burlar al rey quiere audaz.
En fin, cumplamos su ley,
pues ley es su voluntad.
Y Dios mire con piedad
los arrebatos del rey.
(Abre la puerta de la izquierda, por donde sale D. García.)

ESCENA II.

DON GARCÍA. MELENDO.

Melendo. Salid, señor.
Garcia. ¿Qué sucede,
Melendo?
Melendo. Que libre estais.
El rey sus postreras órdenes

os quiere príncipe dar,
y en su aposento aguardándoos
tras breve espacio estará.

Garcia. ¿Y la reina?

Melend. Todavía
en silencio pertinaz
se mantiene, y aun se niega
hasta con el rey á hablar.

Garcia. Está bien.

Melend. ¿Puedo señor,
serviros en algo mas?

Garcia. ¿Dijo el rey que con alguno
pudiera comunicar?

Melend. Dijo que hasta hablaros él
podrian veros no mas,
los escuderos que os sirven
si de ellos necesitais.

Garcia. Traedme á Lucas de Arjona,
que con él me bastará.

Melend. Todo el dia importunándome
anduvo ese hombre tenaz
por entrar un punto á veros.

Garcia. Es criado muy leal
id por él; que al aposento
del rey me acompañará
dentro de breves momentos.

Melend. Que Dios os guarde.

Garcia. Id en paz.

ESCENA III.

DON GARCÍA.

Garcia. ¡Oh! la fortuna me ampara,
crédito el mundo me da,
libre estoy... mas quién pudiera,
¡ay de mí! volverse atrás.
Quien me diera como una hoja
de un árbol seco arrancar
este dia de los tiempos
sin que volviera jamas.

ESCENA IV.

DON GARCÍA ARJONA.

Arjona. Señor.
García. Arjona, ¿qué traes?
Arjona. Buenas nuevas. Todo se ha
cumplido á pedir de boca.
Pero dejadme admirar,
señor, vuestra perspicacia
y vuestra serenidad.
Yo lo oía y lo dudaba,
y quien os viera esplicar
de esta rebelion la historia
delante del tribunal,
vive Dios que la tuviera
por relacion tan veraz,
tan clara, tan innegable...
García. Basta, Arjona, por piedad.
Ojalá que entes mi lengua
enmudeciera. Ojalá
que un rayo me hiciera polvo
al concebir tal maldad.
Arjona. ¡Señor...! ¿que decís?
García. Arjona,
mientras me hizo vacilar
el miedo y la incertidumbre,
y la ambicion infernal
me sostuvo á todo osé;
mas la negra soledad
de esa torre en que he pasado
todo el dia, á despertar
ha vuelto en mí la razon,
y holgárame Arjona asaz
para salir de esta angustia
algun camino encontrar.
Arjona. Ya estais, señor, fuera de ella.
Yo presenté al tribunal
los testigos que citásteis,
y aunque con bastante afan
y harto temor, porque alguno
quisiera volverse atrás,

juramos lo que vos mismo
les quisisteis declarar,
y probamos que aqui obrásteis
en virtud del poder real
que os dió en secreto la reina,
mas que su deslealtad
conociendo, al rey y al reino
quisisteis de ella guardar.
Que sorprendiéndoos tambien
ella y Sesé vuestro plan
en su antecámara misma
os iban á asesinar,
habiendo comprado el brazo
de un vigoroso gañan
con quien en secreto hablaron
antes de haceros llamar
á su presencia, en su cámara
para mas seguridad
la misma reina ocultándole
todo lo que, si es verdad
que es una impostura grande,
nadie lo podrá negar,
porque todo el mundo vió
que estaba aquel Satanás
con el acero en la mano,
y con él pronto á lidiar
vos, señor, al mismo tiempo.

García. ¿Pero y ese hombre?

Arjona. Ya está
tambien por mi buena industria
colocado en buen lugar.

García. ¿Preso tambien?

Arjona. Nada de eso,
nadie con ese hombro da;
mas como yo le he colgado
con ellos grande amistad,
y han dicho todos que él solo
robó el caballo ademas
de matar al que servia
la caballeriza real,
y con pase de la reina
se salió de la ciudad,

está condenado á habérsele
á la pena capital.
El rey ademas furioso
de el silencio que en guardar
se obstinan Sesé y la reina,
crédito mayor os da.
Y en fin, la junta y los grandes
tan confundidos estan,
y las leyes tan esplicitas
que nada que temer hay.
Ya ves que en todo parece
de parte nuestra el azar.

Garcìa. Pero Arjona...

Arjona. ¡Qué, señor!

Garcia. Aunque todo va derecho
á nuestro bien, de lo hecho
me da espanto, me da horror.
Es mi madre.

Arjona. Pero...

García. Di,
¿no habria mejor camino
por donde echar su destino?

Arjona. Hay uno, mucho que sí.

Garcìa. ¿Cuál? ¿cuál?

Arjona. Que vos ante el rey
declareis vuestra impostura,
y cambieis de sepultura
con la reina.

García. ¿Esa es la ley,
Arjona?

Arjona. No hay mas remedio.
si os habeis vos de salvar,
fuerza ha de ser derribar
á todo el que esté por medio.
La pena del acusado
cae en el acusador
si sale aquel vencedor,
con que morireis quemado.

García. Y tú, tú que tantas trazas
hallas siempre para todo
me abandonas de este modo.
¡Callas...! ¡Oh, me despedazas

el alma, Arjona.

Arjona. Señor,
me estais confundiendo y callo
porque remedio no os hallo
si os falta vuestro valor.

Garcia. No son de pavor Arjona
los pesares que me oprimen,
es que veo que mi crimen
pesa mas que la corona.
Es que me espanta el castigo
que les impone mi encono,
y que me espanta ese trono
que con su sangre consigo.
Si huyéramos...

Arjona. Imposible.

García. Ausente el acusador...

Arjona. Fuera el peligro mayor
para vos.

Garcìa. ¿Y no es posible
burlando la vigilancia
de el rey don Sancho fugarnos
ambos á dos y ampararnos
de Cataluña ó de Francia?

Arjona. Imposible, no hay camino
que por el rey no se guarde,
don Garcìa, y ya es muy tarde
para torcer el destino.

García. De ese modo.

Arjona. Es lo mejor
que en el empeño sigais
hasta donde mas podais
con inflexible valor.
Si venceis, aun la esperanza
teneis de calmar la ley,
su vida pidiendo al rey
todo quien vence lo alcanza.

García. ¡Ira de Dios! seguiré.
El infierno es quien lo hace:
seguiré pues que le place.
Vamos.

Arjona. ¿Dónde?

García. Yo no sé.

El rey me aguarda, á él me voy.
lo que exijirá no sé,
mas todo lo emprenderé
segun sintiéndome estoy.
De mi maldad me amedrento,
y este afan, esta agonía,
no sé si es por vida mia
furor ó arrepentimiento.
La fortuna arrastro en pos
de mí, mas con tal afan
que presumo que asi iran
los réprobos ante Dics.
Si soplo infernal me anima,
de espìritu tan perverso
que abriria al universo
á mis plantas ancha sima.
Un vértigo, un torbellino
me arrebata en pos de si.
Vamos, Arjona, de aqui,
y cúmplase su destino.

ESCENA V.

DICHOS. MELENDO.

Melend. El rey aguarda, señor.
García. Voy. (*Vanse don García y Arjona.*)
Melend. No sé qué de funesto
revela ese hombre en su gesto
que el mirarle da pavor.
Algun horrible secreto
le acosa con saña fiera,
porque si él el justo fuera
no anduviera tan inquieto.—
¿Mas ella...? ¡pobre muger!
en fin, por si la interesa
este escrito voy á priesa
en sus manos á poner.
(*Abre la torre en que está la reina.*)

ESCENA VI.

LA REINA. MELENDO.

Reina. ¿Quién es?
Melen. Señora, yo.
Reina. Mi carcelero.
Melen. Pésame de ello...
Reina. Gracias, caballero.
cumplid vuestro deber, ¿qué nuevo insulto
venis á hacerme?
Melen. Duéleme, señora,
que me trateis asi, cuando á ofreceros
venia mi favor desde esta hora...
Reina. ¿Cómo?
Melen. Reina, escuchad: yo he presenciado
vuestro juicio, y he visto que os condenan
las pruebas.
Reina. Falsas son falsas, Melendo.
Melen. Señora, asi lo entiendo,
y á fé que me ha espantado ver á un hijo
acusando á su madre, y no comprendo
que tan noble cual vos una matrona
de su esposo manchara la corona.
Reina. ¿Eso mas?
Melen. Don García asi lo dijo.
Reina. ¡Villano!
Melen. Que á Sesé con torpe audacia
ofrecisteis el trono y en secreto,
conspiraban los dos con tal objeto:
que él os le sorprendió, y hecho á la parte
no hallando otro remedio
el rey tan lejos y él tan vigilado,
alzó otro bando con silencio y arte
para salvar el reino amenazado.
Y en fin, que vuestros muchos desafueros
y escandalosas tramas
solamente á su rey descubriria
y con testigos cien los probaria
dispuesto estando á mantener en todo
y á mostrar sus servicios verdaderos
á voluntad del rey de cualquier modo.

Le oyó en secreto el rey don Sancho: y luego
de larga conferencia,
salió iracundo y respirando fuego
para firmar no mas vuestra sentencia.

Reina. ¡Gran Dios!

Melen. Interpusieron pronto ruego
los grandes y prelados,
mas por él con dureza rechazados
confirmaron sentencia tan estraña
midiendo sus razones por su saña.

Reina. ¿Asi la lealtad de tantos años,
el amor y la fé don Sancho olvida
crédito dando á pérfidos amaños?

Melen. Mas espera que vos...

Reina. Nunca, Melendo,
antes mil veces perderé la vida.

Melen. Mas si inocente sois una palabra
decid que os justifique.

Reina. No la tengo
Melendo; en vano lidia
la inocente virtud con la perfidia,
en el confuso dédalo enredado
de esas acusaciones impostoras,
mi lengua y mi razon se perdería;
y cayendo en un lazo preparado
mas criminal tal vez pareceria.

Melen. Mas ved que quiere oiros.

Reina. Es en vano.
nada tengo que hablar: pues leyes tiene
que mi causa por ellas mida y vea
ellas dirán lo que á su honor conviene:
y si él mal las emplea,
á Dios responda cuando tiempo sea.
Asi se lo direis. Soy inocente
y justificacion no necesito,
y si cree el universo en mi delito,
ante su Dios el universo miente.

Melen. Miente, sí, miente: mas importa mucho
que limpia ante él aparezcais, señora,
y tal vez haya medio... Un hombre ahora
me lo juró tambien.

Reina. (Cielos que escucho.)

Melen. Y no osando en la torre darle entrada,
os escribió estas letras, y me dijo
que podriais por él ser libertada.

Reina. Dadme, dadme.

Melen. Leed:

Reina. *(Leyendo.)*

«Señora: si es imposible que nos veamos, no olvideis que las leyes os permiten apelar al juicio de Dios; y no ha de faltar una lanza que se rompa en vuestra defensa, mientras aliente quien está pronto á morir por salvar el honor de la reina de Navarra.

Reina. *(Representando.)* ¿Dónde está el hombre
que esta carta escribió?

Melen. Por un postigo
que al rio da, con misteriosa seña
ha poco me llamó y habló conmigo;
mas si os inspira ese hombre confianza
y os importa el hablarle,
todo por vos lo arriesgo, iré á buscarle,
y entrará de las sombras al abrigo
hasta vuestra prision.

Reina. ¡Oh! hacedlo, amigo,
que ese hombre es mi esperanza.

Melen. Pues fiaos de mì: traza oportuna
buscaré de traerle en el momento,
mas que vuelva á salir de este aposento
antes que empieze á despuntar la luna,
tal vez un centinela le vería
y todo de una vez se perdería.

Reina. Id, volad, caballero.

Melen. Un momento aguardad.

ESCENA VII.

LA REINA.

¿Y en quién espero?
¿Cuya esta letra es? ¿Quién es ese hombre?
¿es tal vez un amigo verdadero,
ó es algun arrestado aventurero
que se promete asi cobrar renombre?
Debajo de estas líneas mal trazadas
no puso firma, ni señal, ni nombre.

En fin, quien quier que sea
pues me ofrece una lanza
que en la defensa de mi honor emplea,
es en la tierra mi única esperanza.
Y vos, señor, que en la invisible altura
tras la cortina azul del limpio cielo
medis la intensidad de mi amargura
no me dejeis morir en tanto duelo.
Solo del justo proteccion segura
sois, pues veis mi inocencia á vos apelo;
atajad de los hombres la malicia,
y mostradles, señor, vuestra justicia.

ESCENA VIII.

LA REINA. DON RAMIRO. MELENDO.

Ram. Sì, se la mostrará.
Reina. ¡Vos!
(*Reconociéndole á la luz de la lámpara.*)
Ramiro. Yo, señora;
que infatigable vuestro honor velando
mostraré la justicia vengadora
del Dios inmenso que os está juzgando.
Melen. Tomad, temo que alguno nos sorprenda (*A Ramiro.*)
con ese saco tosco de soldado
mostraos por si acaso disfrazado,
y aqui que haceis la centinela entienda
Ram. Gracias.
Melen. Mas breve sed, que el rey en breve
á la torre venir acaso debe:
Ram. Pocos momentos bastarán.
Melen. Yo guardo
el caracol estrecho...
mas encajaos pronto ese tabardo,
y á Dios.
Ram. Prémieos él lo que habeis hecho.

ESCENA IX.

LA REINA. DON RAMIRO.

Reina. Caballero.

Ram. (*Interrumpiendo.*)
Escuchadme: lo sé todo.
La diabólica astucia con que supo
don García volver por raro modo
contra vos lo que en él tan solo cupo:
sé de don Sancho y de la Junta el fallo,
y sé que me condena
á morir por ladron de su caballo,
lo cual me trae á mí con poca pena.
Sé que es justificaros imposible
en plazo corto, que harto enmarañado
el nudo veo de su trama horrible:
mas sé tambien que el término alargado
de la sentencia vuestra, yo en mi brio
y en mis razones vuestra causa fio.
Vos escribid al rey; vuestra inocencia
protestad; como horrendo sacrificio
apelad de su bárbara sentencia
al juicio del Señor, que es el buen juicio.
Yo retaré entre tanto á don Garcìa
de vil calumniador, campo pidiendo
para lidiar con él; esto en el dia
lo permite la ley, y no pudiendo
negarlo á nadie la victoria es mia.

Reina. Mucho fiais, mas ignorais sin duda
que es preciso probar...

Ram. No os dé cuidado;
secreto talisman tengo en mi ayuda,
con el que todo me será allanado.

Reina. Vedlo todo despacio, y que no os ciegue
vuestro buen corazon; ese combate
con un príncipe real tal vez se os niegue.

Ram. ¿Porque infante no soy? Qué disparate.
Con sola una palabra que á don Sancho
le diga yo al oido,
le tengo de dejar tan convencido,
que ha de abonarme y le vendra muy ancho

Reina. Mas ved que don García
es hoy el justador mas afamado.

Ram. Por lo que hace á su esfuerzo es cuenta mia.
Con tigres y leones me he probado,
y no cedo á hombre alguno en osadía.

Reina. Mas si entre tanto vos en red traidora
caeis, y el plazo tiene fin...
Ram. Señora,
ya os he dicho que puede mi palabra
hacer temblar al rey, pero primero
fuerza es que paso á su justicia me abra,
siendo de vuestro honor el caballero.
Si sucumbo, aun me queda la esperanza
de esta palabra oculta: mas si venzo.
con ayuda de Dios y de mi lanza,
de decirla á don Sancho me avergüenzo,
que él se avergonzaria al escucharla,
Si vengo, sin decirla, á la inocencia
me vuelvo á desterrar de su presencia,
antes que en su presencia pronunciarla.
Reina. Ser tan incomprensible y misterioso,
cuanto teneis de bravo y generoso,
arcangel protector de mi existencia
que por do quiera á la defensa mia
salís, entre la niebla mas sombría
vuestra razon velando y vuestro nombre,
¿quién sois? ¿qué recompensa
de mí esperais?
Ram. Ninguna: mas no hay hombre
que abrace con mas fé vuestra defensa.
Ni leonés habrá ni habrá navarro
que dé por vos mas pronto la existencia,
ni que por vos combata mas bizarro,
mas premio sin buscar que su conciencia.
Reina. Mas decidme á lo menos vuestro nombre,
vuestro linage; sepa en quién espero.
Ram. Solo á vos le callára, y no os asombre,
si sin ira ni horror le pronunciárais
valiera en vuestro labio el mundo entero.
Reina. ¿Mánchale el crimen?
Ram. No: pero le odiárais.
Reina. ¿Con él á vuestro padre avergonzárais?
Ram No.
Reina. ¿Sois pues...?
Ram. Vuestro solo caballero,
el solo amigo que valeros puede,
y que todo por vos ha de intentarlo

mientras un soplo de esperanza quede.
Mas oigo hablar... aprisa... entrad, señora,
en el cubo otra vez: si me descubren
que aqui no os hallen. Diligente ahora,
si os permiten con que, al tremendo juicio
de Dios la apelacion tened escrita
y confiad en él, que en este mundo
solo de Dios el justo necesita.
Silencio; entrad, entrad.

ESCENA X.

DON RAMIRO. *Despues* DON GARCÍA.

(*Don Ramiro corre el cerrojo de la puerta por donde entró la reina.*)

Ramiro. Cierro por fuera:
subeu... veamos lo que aqui me espera.
(*Se cubre bien con el saco de soldado aparentando estar de centinela.*)
García. (*Dentro.*)
Ya basta, vive Dios; me importa hablarla,
y orden traigo del rey.
(*En la escena.*) ¡Tanta osadía,
y en defender la entrada tanto empeño
ese necio Melendo!
Ramiro. (¡Oh, don Garcìa!)
Garcìa. ¡Tal vez tiene razon! ¿á que su sueño
turbar... tranquila acaso en su inocencia
duerme, sin miedo á la fatal sentencia:
mientras que yo ¡ay de mí! tiemblo y me agito
en contìnuo velar, y aqui en mi pecho
de la conciencia el torcedor maldito
halla en mi corazon ámbito estrecho.
Si, por do quier me espanta mi delito,
y en torno de mi mesa y de mi lecho
ronda, y ante mis ojos se presenta,
y ante mì marcha y ante mí se sienta.
Mas venzamos las necias aprensiones
del corazon cobarde... es fuerza hablarla;
apartáos, quiméricas visiones,

este es el torreon.. voy á llamarla.

(Don Garcìa va á poner la mano al cerrojo que ha corrido don Ramiro. Este al verle avanza dospasos hácia él. Don Garcìa se detiene.)

Garcia. ¡Mas cielos! Quién está aqui.
Ramiro. Un centinela, señor,
que juzga á inmenso favor
de Dios hallaros asi.
Garcia. ¿Qué quieres?
Ramiro. Solo un momento
que me oigais...
Garcia. No es ocasion;
déjame.
Ramiro. Noticias son
para vos de gran contento.
El que el caballo os robó...
Garcia. Cómo ¿qué? dónde está ese hombre
¿tú le conoces? ¿su nombre
sabes? ¿le han cogido?
Ramiro. No.
pero de saber acabo
que os ha retado, señor,
como á vil calumniador,
y mirad que es hombre bravo.
Garcia. Yo á nadie temo.
Ramiro. Aun hay mas.
Ya sé que nadie os da miedo
en la lid, mas un enredo
pierde al mismo Satanás.
García. Acaba, no me entretengas
con necias bachillerìas.
Ramiro. No son intenciones mias.
perder el tiempo en arengas.
Pero ya que os hallo aqui,
voy á haceros conocr
lo que os importa saber
para gobernaros.
García. Di.
Ramiro. El rey con una francesa
os trataba un matrimonio.
García. Sí.
Ramiro. Pues llevóle el demonio.

Garcia. ¿Qué?
Ramiro. Os robaron la condesa.
Garcia. ¿Qué diablos estás diciendo,
mentecato? Tú estás loco.
Ramiro. Escuchad, que poco á poco
lo ireis, señor, entendiendo.
Garcia. ¡Voto á...!
Ramiro. La condesa huyó
con un galan de su casa;
su buen padre hecho una braza,
que les siguieran mandó
por do quiera... ¡inútilmente!
no parece ni uno ni otro.
Pues bien, ese hombre.. el del potro
ha escrito á vuestro pariente
el buen conde de Bigorre,
diciendo que la robásteis
vos, y á todos la ocultásteis
guardándola en esa torre.
Garcìa. Mas cuando ese hombre me achaca
el rapto de esa doncella,
¿qué espera de mì? ¿qué de ella?
¿ó qué consecuencia saca?
Ramiro. Una, señor, muy sencilla,
que á acusaros de raptor
envía un embajador
el de Bigorre á Castilla.
García. ¿Y qué? tan sandia impostura
desmentiré
Ramiroe Aunque lo hagais,
la cosa no es tan segura
como vos la imaginais.
García. No te entiendo.
Ramiro. El robador
de la doncella, el amante,
es tambien ese tunante...
el del caballo, señor.
García. Me confundes cada instante
mas.
Ramiro. Pues poco hay que entender:
¿no habeis preso á la muger
que tenia ese bergante

en la quinta que con fuego
destruisteis para asi
cogerle rehenes?

García. Sí.

Ramiro. Pues bien él os torció el juego.
Os dejó que la cogierais,
para obligaros despues
á que, probando quien es,
de ella á Francia respondiérais

García. Pero en mi poder estando....

Ramiro. Kia; á ofenderla ¡vive Dios!
dará Francia sobre vos
por la venganza clamando.
De modo que con lo mismo
que os pensábais vos salvar,
os va ese hombre á colocar
á la boca de un abismo.

García. Todo lo comprendo ya.
¿Con que ese hombre, esa quimera,
conmigo por donde quiera
para contrariarme va?

Ramiro. Ya veis, donde quiera os reta.
Y aqui por calumniador,
y allá en Francia por raptor,
ó su capricho os sujeta.

García. ¡Qué venga pues, vive Dios!
pues me hace tan cruda guerra,
no cabemos en la tierra
á un mismo tiempo los dos.

Ramiro. No le llameis, que á mi ver
si gritais con tal vigor,
se os puediera aparecer,
y estais sin armas, señor.

García. Que venga, nada me espanta;
pero el traidor no vendrá.

Ramiro (*Descubriéndose.*)
Sí, don García, aqui está;
brotó bajo vuestra planta.

García. ¡Gran Dios!

Ramiro. Oid, don García.
Ya veis que os tengo en un caos;
aun es tiempo, retractaos.

porque la victoria es mia.

García. ¿Tuya? sueñas; robador
de la hacienda de tú rey
te ha condenado la ley
declarándote traidor.
Ni aun siquiera te oirán,
que testigos infinitos
te probaron mil delitos
que á morir te llevarán.

Ramiro. No os ciegue el furor, García;
mi causa está ya segura:
meditadlo con cordura,
que aun para ello os doy un dia.

García. No vivirás ni una hora.
Nuño, Melendo, traicion,
acudid al torreon;
veremos quién vence ahora.

(Don García desde la puerta que se supone dar al caracol, llama bajando un escalon, de modo que oculte medio cuerpo en el bastidor, volviendo la espalda á la escena. Don Ramiro le empuja, cierra y corre el pasador.)

ESCENA XI.

DON RAMIRO.

¡Tu furor me hace reir!
¿Piensas, necio, que al entrar
me he descuidado en mirar
por dónde debo salir?
¿Piensas en tu desvarío
que un navarro montañés
no saltará ochenta pies
teniendo debajo el rio?
¿No quieres que entre los dos
haya paz? bien, hay guerra:
yo he cumplido con la tierra;
ahora que nos juzgue Dios.

(Se lanza por la ventana, y se oye el ruido de un cuerpo que cae al rio, teniendo en cuenta el espacio de ochenta pies que tiene que recorrer en su caida. Pasado este efecto, la puerta se abre forzada, entrando por ella don Garcìa, Melendo y soldados.)

ESCENA XII.

DON GARCÍA. MELENDO. ARJONA. SOLDADOS.

García. Aqui, aqui está ese traidor;
el que el caballo ha robado,
el que á la reina ha ayudado.
Melendo.
Arjona. } Aqui no hay nadie, señor.
Garcia. ¡Dios! En esos torreones...
Melendo. (*Viéndolos todos.*)
¿Y cómo entrarles pudiera
si tienen todos por fuera
corridos los aldabones?
García. Esa ventana...
Arjona. Señor,
imposible por ahi es
un salto de ochenta pies.
García. ¿Qué es esto? ¡Dios vengador!
Melendo. (¡Qué arrojo!) (*Asomándose por la ventana.*)
García. (*Espantado.*) Si estaba aqui,
aqui mismo, en mi presencia.
Todos ¿Quién, señor, quien?
Garcia. Mi conciencia.
Sostenme, Arjona. ¡Ay de mì!
(*Don Garcia desfallece como presa de un vértigo en los brazos de Arjona.*)

Cae el telon.

Fin de la jornada tercera.

JORNADA CUARTA.

Interior del centro de una tienda de campaña que ocupa todo el escenario á lo ancho, y que llena á lo largo una sola caja. Esta tienda, que figura ser la del caballero mantenedor de un reto y levantada en un costado de un palenque, está cerrada por el fondo con dos lienzos que tapan completamente todo el fondo del escenario y colocados de modo que puedan manifestar descorriendose á su tiempo todo el palenque que tiene detras. Como esta tienda figura componerse de tres partes ó habitaciones, las personas salen y entran por derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA.

EL REY. MELENDO.

Melendo. Calmaos, señor.
Rey. Melendo,
inútilmente procuras
poner á mi enojo diques
y aplacarme con disculpas.
Ya los vistes cuan tenaces
en su silencio ni escusas
quisieron dar de los crímenes
que á los dos se les imputan:
ni aun responder se dignaron
de su juez á las preguntas;
y ¡ vive Dios, que esta ha sido
la mayor de sus injurias!
Melendo, trae á don Pedro,
hagamos la prueba última. *(Vase Melendo.)*

ESCENA II.

EL REY.

¡Oh, esta es de sueño funesto
pesadilla que me abruma!
es un vértigo, un delirio
de abrasada calentura.
Estoy la verdad tocando,
y el alma incrédula lucha
con la realidad, sin fuerzas
para comprenderla nunca.
Él tan leal otro tiempo
y ella tan noble y tan pura...
pero ¿qué dudo? ¡insensato!
¡El pripcipe les acusa
de adúlteros y rebeldes,
y el príncipe es sangre suya!
y para atreverse á tanto
grandes razones le escudan.
¡Oh! juro á Dos que si insisten
en su silencio, mi furia
todo el rigor de las leyes
les hará pronto que sufran.

ESCENA III.

EL REY. DON PEDRO. MELENDO.

Melendo. Aqui está.
Rey. Dejadnos solos,
Melendo. ¡El cielo me acuda! *(Vase Melendo.)*

ESCENA IV.

EL REY. DON PEDRO.

Rey. Sesé, lee ese pergamino;
en él estan todas juntas
las graves acusaciones
que á tí y á la reina imputan.

Los testigos que lo afirman
y el príncipe que os denuncia,
las han sellado y firmado.
Ahora, si disculpa alguna
tienes dámela, de nó
con madurez y mesura
lo ha pesado de mis nobles
y mis prelados la junta
y os sentencia como infames
á sufrir la pena última.

Pedro. Señor, no habrá en vuestros reinos
quien con mas valor la sufra;
pero iremos al martirio,
don Sancho, no á pena justa.

Rey. Pues bien, esplícate, Pedro,
líbrame ya de esta angustia,
solos estamos aqui,
solos; nadie nos escucha:
por cuanto encierran sagrado
cielos y tierra, si oculta
hay en tu pecho una causa
una razon, una escusa
que os justifique á mis ojos,
por compasion, Sesé, búscala.

Pedro. Señor, desde que mis hombros
pudieron con la armadura
hasta que el peso del casco
me encalveció, la vez única
es esta en que habeis tenido
en mi fé y en mi honra duda.
Amigo me habeis llamado,
señor, desde vuestra cuna,
como amigo os he servido
en vuestras varias fortunas.
He cuidado vuestra casa,
os he velado en la oscura
soledad del campamento,
y en las lides mas sañudas
he puesto el pecho mil veces,
ante las lanzas morunas
para defender el vuestro;
y ha cincuenta años en suma

que las gotas de mi sangre
se derraman una á una
por vuestro honor y grandeza,
por vuestra prez y ventura;
jamas intenté venderos
ni os han estraviado nunca
mis consejos del camino
de la virtud; ¿ y ahora juntas,
creeis que al fin de una vida
que tal lealtad ilustra,
pude hacer tantas infamias,
reo ser de tantas culpas?

Rey. Oh, sí, si, cuando recuerdo
los fuertes lazos que anudan
nuestra amistad, la limpieza
de tu honor, que no deslustra
ninguna mancha bastarda,
cuando oigo la voz robusta
con que en tu favor me grita
mi corazon, se me anublan,
Pedro, los ojos en lágrimas
y mi conciencia se turba
al ver que os condenan pruebas
que tú ni nadie recusa.
Ante vuestro tribunal
tuvisteis las lenguas mudas.
¿Por qué ¡vive Dios! por qué
si la inocencia os escuda
no os defendeis de las leyes
que os abren infame tumba?

Pedro. Don Sancho, mil y mil veces
os lo dije en oportunas
ocasiones, vuestras leyes
son incompletas y absurdas:
con ellas el inocente
sucumbe, el malvado triunfa,
y los mas atroces crímenes
á su sombra se consuman.
Acusa un vil á un sencillo,
y con infernal astucia
destruye todas las pruebas
que han de obrar en contra suya,

Sus delitos le atribuye,
como vuestro hijo, lo jura,
los jueces vénse indecisos
y él para borrar su duda
se ve jóven y alentado,
ve que aquel á quien acusa
es viejo, ó muger, ó débil,
y con audacia segura
dice: «aqui estoy con mi lanza
pronto á sostener mi injuria.»
La ley lo consiente, y siempre
vence la fuerza y la astucia.—
Y vive Dios, rey don Sancho,
que á ser cual era robusta
mi mano, yo con el príncipe
empeñaria la lucha;
mas ¡ay! el cielo á los débiles
contra los fuertes no ayuda.

Rey. Mas esa es la ley que rige,
y esa es fuerza que se cumpla.
Sincérate, pues, ante ella,
pues ante ella te denuncian.

Pedro. Rey don Sancho, si en vuestra alma
no está escrita mi disculpa
si con vos no me defiende
vuestra conviccion, que acuda
el verdugo; este es mi cuello;
ni yo sé dar mas escusa,
ni á saberla la daria:
sabeis mi honor y mi alcurnia.

Rey. Mas esas pruebas...

Pedro. Son falsas
apariencias.

Rey. Pero abundan
los testigos.

Pedro. Son comprados.

Rey. Te han hallado veces muchas
en el cuarto de la reina
en altas horas nocturnas.

Pedro. Velado he por vuestros reinos
con ella, y las damas suyas
no faltaron de su cámara

jamas.

Rey. Hoy mismo disputa
escandalosa mantuvo
contra el principe en su pública
antesala en favor tuyo.

Pedro Era su causa la injusta,
y yo cumplia las órdenes
de mi rey.

Rey. Con maña astuta
te sorprendió tus secretos.

Pedro. Y yo sus tramas oscuras:
supe que vuestro caballo
era la señal oculta
de una rebelion.

Rey. Dispuesta
para sofocar la tuya,
para guardar de vosotros
mi corona.

Pedro. ¡Virgen pura!
á partir para obligaros
vuestra dignidad augusta,
para obligaros en él
á hacer su total renuncia.

Rey. De eso os acusa á vosotros,
que viendo que su brabura
os malograba el proyecto,
hicisteis por mano oculta
robar mi mismo caballo.
que era su señal última.

Pedro. Ved lo que decìs, don Sancho,
que el robo no fué obra suya
ni nuestra, fué de un tercero
enviado vuestro.

Rey. ¡Impostura
semejante! ¿enviado mio?

Pedro. No puede en eso haber duda;
trajo vuestra firma y sello.

Rey. Mientes, traidor,

Pedro. Vuestra injusta
intencion veo, don Sancho.
manifiesta.

Rey. Y yo la tuya,

pues de tus mismos delitos
aun á mí propio me culpas.

Pedro. ¿Negais vuestra firma y sello?
basta, señor, que se ofusca
vuestra razon, y olvidando
vuestro decoro me insulta
vuestro labio; y si creéislo
como el labio lo pronuncia,
sois fiscal que me acrimina,
no juez que recto me juzga.
Vuestro hijo os codició el reino
con ambiciosa locura,
y yo el reino os defendia
con voluntad absoluta:
si á mí sus faltas me cargan
y mi lealtad me usurpan,
y escuchais vos las palabras
de los que asi me calumnian,
yo os juro, rey, por el Dios
que se asienta en las alturas,
que me sirven de vergüenza
las heridas que me cruzan
el pecho, que por tí espuse
con lealtad bien estúpida.

Rey. Con esas mismas palabras
protesta quien os acusa.

Pedro. Pues miente como un villano.

Rey. Es mi sangre.

Pedro. La que nunca
mereció ver en pró suyo
mi espada leal desnuda.

Rey. ¡Traidor!

Pedro. El no haberlo sido
es el pesar que me abruma
hoy, que hácia mí sin razon
vuestra voluntad se muda.

Rey. ¿Sin razon? ¡viven los cielos!
¿Y en cuál tu inocencia fundas,
si á nada me has respondido,
ni hay un testigo que arguya
en tu favor, cuando en contra
testimonios se acumulan?

Pedro. Entonces ¿en qué se para
vuestra magestad sañuda?
Pues que os estorbo en la tierra
abridme la sepultura.
De mí para deshaceros
no os andeis buscando arbitrios,
decid: «*me importa que muera,*»
y haced que la ley se cumpla.

Rey. Basta, que esa pertinacia
con que mi poder insultas
y mi venganza provocas
mi clemencia sobrepuja.
Veo la diestra falacia
con que evitas mis preguntas
y las cuestiones complicas
con falsedades absurdas,
veo que me niegas todas
mis reconvenciones justas,
esquivándote de todas
por no resolver ninguna.
Y en ese afan despechado
con que mi corage azuzas
veo que al verte perdido
la muerte con ansia buscas.

Pedro. Sí, rey don Sancho, la busco:
que á mi dolor mas se ajusta
que tu ingratitud odiosa
la mas deshonrada tumba.

Rey. Y la tendrás.

Pedro. Pronto sea;
su oscuridad no me asusta,
que es pabellon de reposo
para una conciencia pura.

(*Sale Melendo.*)

Rey. Hola... volvedle á su encierro.

(*Melendo le cierra.*)

Pues defenderse rehusan
que el cielo se lo demande
y sus destinos se cumplan.

ESCENA V.

EL REY. *Luego* DON GARCÍA.

Rey. ¡Pero qué altivo teson!
Oh, de ese viejo el acento
para agravar mi tormento
renueva mi confusion.
¡Gran Dios, si fuera posible...!
pero no; ¿cómo podria
caber en mi hijo García
pensamiento tan horrible?
¡Asi mi pena inclemente
á tanto estremo ha llegado
que temo hallarle culpado
y temo hallarle inocente!

Garcìa. ¡Estábais aqui, señor!

Rey. García, ¿tal vez la hora
llegó ya?

Garcìa. Pronto la aurora
va á alumbrar nuestro dolor.

Rey. ¡Tambien como yo padece,
infeliz!

García. Sì, padre, mucho;
y esta pena con que lucho
por horas é instantes crece.

Rey. ¡Hijo!

Garcia. De mí no soy dueño;
y en mi ardiente frenesí...
ya no encuentro para mí
ni tranquilidad ni sueño.

Rey. ¿Y por qué? ¿Porque leal
á mi defensa acudiste
y el esplendor defendiste
de mi corona real?
¿Por qué afrontando el encono
de altivos conspiradores
entregaste á los traidores
que profanaron mi trono?

Garcìa. ¡Oh, callad!

Rey. Tu corazon
con mis palabras aflijo.

García. Sí, sí.
Rey. El vasallo y el hijo
cumplieron su obligacion.
Ahora ya no hay que esperar
sino morir.
García. (Suerte impía.)
Rey. ¡Y era tu madre! García,
ven, ven conmigo á llorar.
Llora su infelice suerte,
ya que el destino cruento
te escogió por instrumento
de su castigo y su muerte.
Llora, y luego á sostener
nuestra justicia te apresta.
para cumplir lo que resta
de tu penoso deber.
Garcia. ¡Mi madre!
Rey. ¡Cuánta ternura!
Garcìa. ¿No hallará clemencia en vos?
Rey. ¡Clemencia! téngala Dios
de mi negra desventura.
Contra su torpe malicia,
como esposo y como rey,
fié al brazo de la ley
su crimen y mi justicia.
Y yo su tremendo fallo
respetaré, porque asi
la ley se respete en mí
como en su primer vasallo.
Mas si no puedo estorbar
su riguroso suplicio,
y este horrible sacrificio
es ya fuerza consumar,
no vea yo en tí, hijo mio,
ese afan que no te deja,
ese dolor que te aqueja
desesperado y sombrio.
Garcìa. ¡Ah! consideradlo vos;
y si ver mi alma pudierais
yo sé que os estremecierais.
Rey. Pon tu confianza en Dios.
Deber fué en tí, no malicia,

y hoy para mejor probanza
aqui sostendrá tu lanza
tu inocencia y mi justicia.

García. (Si eterno este dolor es
ya no hay para mí existencia.)

Rey. (*Acercándose á la cortina de la tienda.*)
¡De dia ya!

Garcia. (Mi conciencia
me va arrastrando á sus pies.)
Señor...

Rey. Mira, ya veloz
el alba á rayar comienza.

García. (De temor y de vergüenza
ni doy aliento á mi voz.)

Rey. A Dios; voy á disponer
que la ceremonia empiece.

Garcia. Oidme...

Rey. ¡Qué te estremece!
Cumplamos nuestro deber. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON GARCÍA.

¡Qué iba yo á hacer? á rebelar mi infamia;
pero ¿qué rebelar pudiera yo
á quien vive en la fé de que aun abriga
un soplo de virtud mi corazon?
¡Hijo me llama el infeliz llorando!
¡hijo, que reino y honra le salvó...!
¿Cómo decirle al miserable viejo,
padre, yo soy un vil calumniador?
No, me arrastra inflexible mi destino
por la senda del mal, y á rastra voy
cual zarza estéril que arrebata el viento,
á caer en la eterna perdicion.
Pero llegan: ¿quién va?

ESCENA VII.

DON GARCÍA. ARJONA.

García. (*Al verle.*) ¡Tan pronto, Arjona!

Arjon. Ya comienza del alba el resplandor,
y ya el pueblo las gradas del palenque
á ocupar turbulento comenzó.
Garc. ¡Maldito quien me trajo hasta este trance,
maldita, sí, mi estúpida ambicion!
Arjon. Ya no es hora, señor, de meditarlo,
el dia va á rayar.
Garc. Déjame, Arjona:
siento que mi osadía me abandona.
Arjon. Señor.
Garc. Vacilo, sí; no sé ocultarlo.
Aquel hombre fatal... ¡él era, él era!
Arjon. Sombra de la turbada fantasìa.
Garc. No, Arjona, realidad.
Arjon. ¿Cómo pudiera...
Garc. Todo ese hombre lo puede en contra mia.
Quien del fuego voraz le puso fuera,
de las aguas tambien le sacaria.
Arjon. ¡Del fuego os acordais! ¿pues no os lo dije?
de su quinta una cava hasta la ermita
por senda subterránea dirige:
Torras la halló, y entrándose por ella
fué como dió con la muger.
Garc. ¡Maldita
mi imprevision! en una y otra cita,
alli acechóme su infernal destreza.
Arjon. Mas le cuesta el acecho la cabeza.
Garcia. Del secreto poder que le acompaña
todo lo temo, Arjona; en todas partes
mis pasos sigue su presencia ostraña
sin que le estorben puertas ni baluartes.
Todo le es familiar, todo lo encuentra
facil en contra mia: favorece
todo su fuga: en el alcázar entra
tras de mí, en la prisiones... y parece
que sombra de mì mismo desprendida
los instantes me cuenta de la vida,
y si un soplo de calma me adormece
brota, dice, *aqui estoy*; y en la tendida
cavidad del espacio desparece.
Arjona. Superstición del corazon medroso,
don Garcìa: aunque impávido y astuto

es un hombre no mas, y de hombre á hombre...

García. No me vieras por Dios irresoluto
para emprender la lid, si solamente
de lidiar se tratara frente á frente.

Arjona. Mas ¿qué de él temeis ya? del rey vasallo
notorio siendo que robó el caballo
y estando pregonada su cabeza
no se presentará.

García. ¡Ven, insensato!
Si ningun defensor no se presenta
¿no ves, imbécil, que á mi madre mato?
y es idea ¡ay de mí! que me amedrenta.

Arjona. Aún la podeis salvar: si nadie acude
sois dueño de su vida: suplicante
á don Sancho acudid, ante ella misma...

García. (*Horrorizado.*
¿Yo? ¿Yo me he de poner de ella delante
otra vez? no, jamas... piensas en vano:
primero que sufrir tal agonia,
los ojos, Lucas, con mi propia mano
y el corazon feroz me arrancaria.

Arjona. Pues aun es tiempo... desistid cobarde,
desmentios; mas ved que en esa hoguera
que del verdugo ante las plantas arde
el uno de los dos fuerza es que muera.

García. Sella, asesino vil, sella esa boca;
porque tu pecho miserable abriga
sangre de hiena y corazon de roca.

Arjona. Señor, tan solo vuestro bien me obliga
porque con vos me salvo ó con vos muero:
mas perdonad, señor, que tal os diga:
ceder ahora es decir al mundo entero
que ni valiente sois, ni caballero.

García. ¡Ah...!

Aajona. Se dirá de vos con mengua y saña
«nada en tal hombre por entero cupo:
ni crimen, ni virtud fué en él hazaña,
ni aun ser infame sino á medias supo...»
¡Gran memoria de un prìncipe de España!

García. Pues bien, si no me cumple esa memoria,
si al crimen nada mas caminar puedo,
tal borron dejaré sobre mi historia

que á la futura edad imponga miedo.
(Tumulto fuera.)
¿Oyes? Ya ruge el pueblo ahí agolpado
de el horrible espectáculo sediento:
voy ¡ vive Dios á dársele colmado;
nunca le vió mas bárbaro y sangriento.
(Suenan las trompetas.)
Ah, pronto la señal.

Arjona. *(Asomándose á la tienda.)* El sol asoma.

García. *(Poseido de un vértigo.)*
¡Oh, infierno! ¡regocíjate! como esta
no han preparado tus furores fiesta
ni en los circos idólatras de Roma. *(Trompetas.)*

Voces fuera. Pregon, pregon. ¡Silencio!

Arjona. Los heraldos
ya el combate pregonan.

García. ¡Esto es hecho!
Cada cual ante Dios con su derecho.

Heraldo. *(Dentro.)* «Oid, oid, oid. Vasallos de don Sancho, rey de Navarra, de Aragon y de Castilla. El buen caballero don García, príncipe de estos reinos, ha aceptado el combate á que en uso del derecho que las leyes les conceden han apelado la reina doña Nuña y don Pedro de Sesé, acusados de criminal inteligencia y descubierta rebelion. Y siendo entrambos crímenes de lesa magestad las leyes les condenan á la pena del fuego, si al trasponer el sol la línea del horizonte no se presenta caballero alguno que quiera mantener su causa. Si esto aconteciere y el acusador saliere vencido sufrirá la misma pena en lugar de los acusados como la ley lo dispone; si saliere vencedor serán quemados en este mismo palenque los acusados, con el cuerpo del caballero su defensor, quedando desde luego condenados á la pena capital todos los que resultaren cómplices de su traicion. El rey ofrece asi mismo doscientos marcos de oro á cualquier vasallo suyo, que asegure la persona del traidor que estrajo de las reales caballerizas su mejor caballo de batalla, asesinando para ello á su guardia y palafreneros. Esta es la justicia del rey. Vasallos del rey, acatad la justicia del rey. Viva don Sancho, rey de Navarra.»

Pueblo. ¡Viva!

García. ¡Qué agonía, gran Dios, cíñeme Arjona,

esa fatal espada.
Y que quede á favor de esta celada
encubierta á mi pueblo mi persona.
(*Se cala la visera.*)
¡Oh! estoy seguro que en mi horrible gesto
se ve mi odioso crímen manifiesto.

Voces del pueblo. Una. Alli estan. Alli estan.

Otra. Ya traen á los acusados.

Otra. ¡Quién tal pensára de tan buen caballero
como don Pedro!

Otra. Por eso mismo es mas grande su delito.

Otra. Bien dicho. El rey les habia colmado de beneficios.

Otra. Y le vendian mientras él conquistaba á los moros
nuevos señoríos.

Otra. Son unos infames,
les van á atar á los postes de hierro
como á los villanos.

Otras. Bien, bien.

Otras. Viva la justicia del rey.

Todos. ¡Viva!
(*Tumulto.*)

Voces. Silencio. Silencio.

Otras. Ya bajan los jueces del campo.

Otras. Silencio. Escuchad.

Uno de los jueces del campo. «Vasallos del rey, oid. La hóra del juicio ha llegado ya. La liza queda abierta desde este punto; y si al pasar el sol la línea del horizonte no anuncian los clarines un defensor, el verdugo cumplirá con su deber.»

Muchas voces. Bien, bien. (*Aplausos, ruido, etc.*)

García. ¡Ea! ha llegado la tremendda hora.
Siento que Dios del corazon me arranca
el gérmen de su fé consoladora,
y en las venas la sangre se me estanca.
¡Sì, sì, de esta diabólica contienda
viene todo el infierno á ser testigo!
Vértigo... sed de crìmen me devora.
Ea, corre los lienzos de esa tienda,
y el infierno desde hoy sea conmigo.

(*Arjona manda á los pages con una seña que abran la tienda. Estos corren á un tiempo la cortina partida en dos que cierra su fondo, y que cubre el teatro y aparece*

un vasto palenque cuyos andamios estan llenos de gente del pueblo. En el fondo de este palenque se ve un altar, delante de él el verdugo que con una tea encendida está pronto á encender la leña hacinada al rededor de la reina y de don Pedro, que estarán atados á dos postes de hierro y uno á cada lado del altar. Por sobre los andamios se cierra el horizonte con pintorescas montañas. El sol acaba de salir por encima de unos cerros desiguales, y derramando sobre la escena la rosada luz de la mañana.)

Pedro. Señora, ¿no teneis otra esperanza?
¡Oh! si mi brazo fuerte todavìa
estuviera...
Reina. El de Dios á todo alcanza.
Pedro. Creo que Dios tambien nos abandona.
Reina. Solo él puede apreciar nuestra agonìa,
que inútiles con el dolo y falsìa
lo que castiga ve y lo que perdona.
Pedro. No tengo esa virtud: soplo mundano
me anima aun el corazon terreno,
y voy la biel de que le siento lleno
sobre ellos á verter. *(Al pueblo.)* Pueble villano,
rey infame... escuchad.
Voz en el pueblo. ¿Qué es lo que dice?
Otra. Dejadle hablar.
Otras. ¡Silencio!
(*El pueblo calla despues de largo chicheo*)
Otras. Oid.
Pedro. Rey fiero,
sin fé, ni ley; el Dios á que apelamos,
que indefensos morir nos deja infiero,
mas ante él de tus leyes protestamos.
Ella inocente, y yo buen caballero,
al tribunal de Jesucristo vamos.
y al inmolarme con tan vil castigo
rey, príncipe, villanos... yo os maldigo.
(Don Garcìa *se tapa la cara con las manos, exahalando un ¡ay! desesperado.*
Garcia. ¡Ay!
Voces del pueblo. ¡Nos insulta! muera.
Otras. ¡Muera!

Otras. ¡Muera!
(La reina demuestra voluntad de hablar.)
Voz. La reina quiere hablar.
Voces. ¡Mueran!
Otras. Oidla.
Otras. Silencio. Oid. Callad.
(Otro largo chicheo. El pueblo calla.)
Reina. Sin culpa muero:
mas aunque Dios por causa soberana
que indefensos morir nos deja infiero,
yo como reina moriré, y cristiana.
Sì, yo inocente, y él buen caballero,
seremos ante Dios esta mañana;
mas aunque me inmolais no os guardo encono.
Hijo, esposo, vasallos... yo os perdono.
Pueblo. Bien, bien.
García. No puedo mas...
(Don Garcìa pone mano á la daga. Arjona le detiene.)
Arjona. Señor, teneos.
¿Qué quereis intentar?
García. Morir, Arjona.
Déjame.
Arjona. No.
Voces. ¡La hora pasa!
Otras. ¡Mueran!
Otras. Mueran, mueran...
Una voz. Ninguno les abona.
Culpables son, pues Dios les abandona.
Otras. Ya dan los jueces la señal...
Otras. La hoguera
va á prender ya el verdugo.
Garcia. No, no quiero:
no puede mas mi corazou de fiera.
Sálvese, sì.
(Don Garcia va á salir de la tienda, en cuyo momento suena la seña de un agudo clarin. Don García se detiene.)
Arjona. ¡El clarin!
Pueblo. ¡Un caballero!
(El pueblo abre paso a un caballero que viene a escape con espada en mano